

VIAJEROS EN LA VIEJA SAN SEBASTIÁN

PEDRO BERRIOCHOA AZCÁRATE

Instituto Valentín de Foronda-EHU/UPV¹

Resumen:

La mirada del otro, la del viajero, es una fuente historiográfica importante. A través de los relatos de seis viajeros (Frankland, Ordóñez, Jovellanos, Humboldt, Laborde y Bonnard) intentamos reflejar la San Sebastián de antes de su incendio y destrucción en 1813. Mediante sus testimonios nos acercamos a su fisonomía, su economía, sus transformaciones, sus rezos y sus diversiones.

Palabras clave: San Sebastián. Viajeros. Siglo XVIII. Percepciones. Historia.

Laburpena:

Bestearen begirada, bidaiariarena, historiografia-iturri garrantzitsu bat da. Sei bidaiariaren kontakizunen bitartez (Frankland, Ordoñez, Jovellanos, Humboldt, Laborde eta Bonnard) 1813ko sute eta txikizioaren aurreko Donostia islatzen saiatzen gara. Haien testigantzei esker hiriaren itxura, ekonomia, eraldaketa, otoitz eta denbora-pasatara hurbiltzen gara.

Gako-hitzak: Donostia. Bidaiariak. XVIII. mendea. Pertzepzioak. Historia.

Abstract:

The glance of the other, that one from the traveller, is an important historiographical source. Through the stories of six travellers (Frankland, Ordoñez, Jovellanos, Humboldt, Laborde and Bonnard) we try to reflect San Sebastian before the fire that destroyed the city in

1. Este trabajo forma parte de las investigaciones desarrolladas por el “Grupo de investigación del Sistema universitario vasco de Historia social y política del País vasco contemporáneo (IT-708-13)” y del proyecto *El proceso de nacionalización española en el País vasco contemporáneo (1808-1980: giro local y conflicto nacional)* (HAR 2011-30399) del Ministerio de Economía y Competitividad.

1813. Thanks to their testimonies we get a closer approach of the physiognomy, economy, conversion, prays and entertainments of San Sebastian.

Keywords: San Sebastian. Travellers. 18th century. Perceptions. History.

La mirada del “otro” es una fuente histórica y cultural que se ha desdeñado con demasiada frecuencia. La alteridad nos otorga un espejo precioso de nosotros mismos. Se le podría achacar el que sea subjetiva, el que responda a una mirada personal alejada de la realidad, pero qué fuente histórica no esconde aspectos “subjetivos” entre los muchos “objetivos”.

Tampoco podemos olvidar que “nuestro padre” Herodoto fue un viajero o que obras seminales de nuestra cultura como el *Éxodo* o la *Odisea* son relatos de dos viajes.

Muchas veces nuestro punto de vista parte de supuestos egolátricos y narcisistas que son una derivada de nuestro afán desmedido por subrayar una identidad diferente e inigualable. A los donostiarras se les achaca demasiado esta mirada. A este respecto los viajeros nos van a enseñar otra mirada, la de una ciudad como otras muchas, con sus rasgos distintivos y con otros comunes a otras. San Sebastián era una “ciudad” desde el siglo XVII, pero con una población muy reducida y con una modestia que contrasta con la ciudad de tiros largos cortesana a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Una ciudad sin archivo pre-contemporáneo tampoco puede eludir la fuente de información que ha otorgado la percepción de sus visitantes. Ya sabemos que muchos de ellos venían con un esquema sobre lo que esperaban del País Vasco y, en especial, de España; sin embargo, a pesar de los pesares es una visión de gente que conoce otras geografías y que siempre va a recurrir al eficaz análisis comparativo.

Hasta este artículo he puesto siempre la lupa en los aspectos agrarios, bien directamente o bien indirectamente a través de su contexto humano y cultural. Ya va siendo hora de sacudirme el barro y el ciemo de las *abarkas*, cambiarme de vestimenta y con la chaqueta puesta adentrarme en el mundo urbano; por otra parte, igual que lo hicieron los *baserritarras*.

Me propongo a través de algunos artículos analizar lo dicho sobre de la ciudad en los siglos XVIII y XIX. Todo esto será así, si a la revista y a su directora les parece conveniente y adecuado.

Se trataría en el primero de los estudios de realizar un boceto de la ciudad de antes de 1813. En otro analizaríamos la ciudad que surge de sus cenizas y que tras medio siglo discurre hasta el derribo de sus murallas en 1863. Quizás, en un tercero tocaríamos los aspectos más reseñables de la

nueva San Sebastián, la del ensanche tras la destrucción su cinturón de piedra militar.

En este primer artículo analizaremos las miradas anteriores a la destrucción de la ciudad vieja en 1813. Son mayormente visiones del siglo XVIII o de sus inmediaciones y van desde el año 1700 del testimonio de Frankland hasta el de la ciudad ocupada por las tropas napoleónicas de Médard Bonnard en 1812.

No todos los testigos fueron meros viajeros. Dos de ellos permanecieron varios años en la ciudad y, por tanto, la conocían en profundidad. Otro permaneció casi un año y le tomó el pulso. Los demás permanecieron unos pocos días y estuvieron de paso.

No es, pues, un artículo propiamente de síntesis de la historia de la ciudad. Si el lector quiere consultar uno bien podría ser el que he consultado², un libro excelente de divulgación histórica. En él se dice que el siglo XVIII “fue un periodo de esplendor” para San Sebastián.

1. Los autores

Nuestros informantes no pueden ser más heterogéneos. Abarcan una diversidad de oficios y procedencias reseñable. Hagamos una sucinta presentación.

William Frankland fue el segundo cónsul inglés en la ciudad (1685-1700). Era, pues, un hombre que tras tres lustros en la ciudad sabía de qué hablaba. No era un viajero de paso, aunque tenía dificultades para transcribir ciertos términos a la ortografía castellana. Fue relevado de su puesto por una serie de denuncias que afectaban a su trabajo. En concreto, el haber exportado a Inglaterra vino francés como si fuera vino español con el consiguiente fraude aduanero para la Corona inglesa. Tras una larga investigación, fue destituido por el rey y cinco lores del Tesoro el 25 de junio de 1700. Al poco, apareció en Londres su *An Account of Saint Sebastian*³.

Frankland nos habla pues de la ciudad de fines del siglo XVII. Se trata de una de las primeras monografías detalladas que sobre ciudades españolas se escribieron en inglés. Lo publicó anónimamente, sin duda por sus problemas con la Corona, y ha sido tomado como anónimo y traducido como tal

2. ARTOLA, Miguel (ed): *Historia de Donostia-San Sebastián*. Nerea. San Sebastián. 2004. p. 65.

3. FRANKLAND, William: *An Account of Saint Sebastian, in relation to their Government, customs and trade. With a draught of the place. By one lately come from thence*. Printed by H. Newman. London. 1700.

hasta que el trabajo del profesor Santoyo⁴ desveló su autoría. Utilizaremos la traducción que hizo Manuel Conde López⁵.

La segunda fuente tampoco es propiamente la de un viajero, aunque Alfredo de Laffitte señalaba en su introducción de la edición de 1900 que “su escrito es a manera de impresiones de un forastero”. Seguramente vivió cerca de una década en la ciudad. Su retrato corresponde a 1761. Era Joaquín Ordóñez un cura castellano-leonés, nacido en Mansilla⁶. Poco más se sabe de él. Simplemente podemos deducir de su texto que era bajito y que conocía muy bien la ciudad, en especial el estamento clerical que describe con profusión de nombres y detalles. Sorprende también su descripción de los usos, costumbres y vestimentas del género femenino. Sorprendente para un presbítero. Murió en 1769 y fue enterrado en la parroquia de San Vicente.

El texto procede de la colección Vargas Ponce del archivo de la Real Academia de la Historia⁷.

La tercera de las miradas es la de un personaje mucho más conocido. Se trata de Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). Es Jovellanos el prototipo del ilustrado español con tintes liberales. Se trata de un hombre muy ligado a la Bascongada y a sus Amigos. Según Julián Marías es la figura ilustrada más importante del siglo XVIII y el hombre más importante de aquel siglo tras Goya. Sin embargo, hoy pasa por ser un desconocido, según lo reflejan sus biógrafos⁸.

Jovellanos en su azarosa vida conoció de todo. Hizo carrera eclesiástica para luego dedicarse a la judicatura en Sevilla y Madrid. Aquí se convirtió en político importante en los consejos de Carlos III y en figura rutilante de la Ilustración española, bien como dirigente de la Matritense bien como miembro de todas las reales academias del momento. Desterrado a su Asturias natal en 1790, resucitó en 1797 para convertirse en ministro de Gracia y Justicia. Desterrado/encarcelado de una forma *sui generis* en Mallorca (1801-

4. SANTOYO, J. C.: “William Frankland, autor ‘anónimo’ de An Account of Saint Sebastian (Londres, 1700)”. *Sancho el Sabio*, N.º 29. Vitoria. 2009, pp. 49-60.

5. UNO QUE ACABA DE VENIR DE ALLÍ: *Descripción de San Sebastián relativa a su gobierno, costumbres y comercio*. Trad. Manuel Conde López. Editora Internacional. San Sebastián. 1943.

6. Dice Laffitte en el prólogo de 1900 que hay cinco “mansillas” en el norte de España: tres en León, una en Burgos, una en La Rioja y otra en Segovia. No sabemos de cuál era nuestro informante Ordóñez.

7. ORDÓÑEZ, Joaquín: *San Sebastián en 1761. Descripción de la ciudad, sus monumentos, usos y costumbres*. Francisco Jorret editor. San Sebastián. 1900.

8. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Jovellanos, el patriota*. Espasa. Madrid. 2001.

CASO GONZÁLEZ, José Miguel: *Jovellanos*. Ariel Historia. Barcelona. 1998.

1808), resurgió políticamente durante la invasión bonapartista para tomar parte de la Junta Suprema Central.

Jovellanos es hombre de teatro y poesía, pero es sobre todo ensayista. Es el gran pensador del s. XVIII español. Aparte, escribió un diario íntimo de viaje en donde anota de forma impresionista comentarios personales. Estuvo dos veces en Gipuzkoa: en agosto de 1791 y en el otoño de 1797. Los comentarios sobre la ciudad se corresponden al primero de sus viajes⁹. Pasó dos días en la ciudad, con la agenda bien llena, alojado en la casa del marqués de Montehermoso, comandante general de la ciudad y segundo director de la Bascongada.

La mirada de Jovellanos es apresurada, no tiene tiempo que perder, pero es fresca, pues sus comentarios están escritos para sí mismo y no tienen el filtro que se interpone cuando se elabora un discurso público.

La cuarta pluma pertenece a otro peso pesado. Se trata de Wilhelm von Humboldt (1767-1811), el eminente lingüista, ensayista y político prusiano. Humboldt pertenece al núcleo duro de la Ilustración alemana, de la llamada *Aufklärung*, de aquel círculo de Weimar formado por Goethe, Schiller y los propios hermanos Humboldt. Es Humboldt un enamorado del euskara y, quizás, el científico que dio un primer empaque erudito a la lengua vasca.

Humboldt realiza dos viajes a Gipuzkoa. En el primero, en 1799, con toda su familia, atravesó rápidamente el País Vasco para llegar a la Corte, en ese momento alojada en El Escorial. No se acercó a San Sebastián, pues siguió sin desviaciones por el camino real. Sin embargo, quedó fascinado por el País Vasco, especialmente por su idioma¹⁰.

A los dos años, en la primavera de 1801, realizó una visita más amplia, de cerca de un mes, al País Vasco. Venía sobre sabido: tenía conocimientos de la lengua y culturas vascas y un elenco de contactos interesantes. Es en este viaje cuando se detiene en San Sebastián¹¹.

Alexandre Laborde (1773-1842) escribió sus 5 tomos de su *Itinéraire de l'Espagne*¹² justo antes de la invasión napoleónica de 1808. Laborde fue un escritor prolífico, viajero impenitente, anticuario, político y militar fran-

9. JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Diarios (Memorias íntimas) 1790-1801*. Imprenta de los Sucesores de Hernando. Madrid. 1915.

10. HUMBOLDT, Wilhelm von: *Diario de viaje a España. 1799-1800*. Cátedra. Madrid. 1998, pp. 47-59.

11. HUMBOLDT, Guillermo de: *Los vascos*. Ediciones Vascas. Bilbao. 1979, pp. 64-72.

12. LABORDE, Alexander de: *Itinéraire de L'Espagne, et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume*. Chez H. Nicolle. Paris. 1808.

cés de origen bearnés. Su padre, natural de Jaca, hizo fortuna en Bayona para acabar en el cadalso revolucionario en 1791. Alexandre huyó a Austria en donde tenía excelentes contactos. Luchó contra la Francia revolucionaria, pero volvió a su país en 1797 bajo la protección de Talleyrand. Su madurez vital transcurrió con brillantez a través de la época napoleónica, siendo nombrado conde imperial por sus servicios en la petición de mano de María Luisa de Austria. Todo lo cual no impidió que fuera nombrado marqués por la monarquía restaurada de Luis XVIII. Asimismo, triunfó en la monarquía de julio de los Orleans, siendo elegido diputado en varias ocasiones, ocupando el ala izquierda del espectro político.

Mientras llevaba semejante vida política, viajó por aquí y por allá. Nos podíamos preguntar a dónde no fue. Muchos de esos viajes se convirtieron en libros. Políglota, casado con una viuda rica y bellísima, su vida es fascinante. Las condecoraciones y los títulos le llovieron en todos los regímenes que conoció. Solamente sus deudas, contraídas por sus lujosas publicaciones y por sus costosas empresas arqueológicas, que le persiguieron hasta su muerte, nos hacen dudar si no es la persona que todos querríamos ser de mayores.

Si tuviéramos que ponerle un pero, sería que utilizó de forma textual, y sin citarle, a William Bowles en su *Introducción a la Historia Natural*¹³. El texto de Laborde sirvió como guía de España para los viajeros del siglo XIX y el siguiente visitante lo tuvo muy en cuenta.

Este sexto testigo es un capitán retirado del ejército convertido en gendarme. Se llamaba Médard Bonnart (1775-1843). Es un hombre que vive también la convulsa historia de la Francia revolucionaria y posrevolucionaria. Procedía del noreste, del departamento de Marne y nació en el pueblecito de Damery. Tras una carrera militar de diez años, primero como voluntario en las guerras revolucionarias después de 1791, y luego como oficial, pasó al cuerpo de la Gendarmería. En 1812 fue transferido al cuerpo establecido en España. Se retiró en 1816 y escribió sobre temas de historia, arte, ciencia militar y viajes. Era caballero de las Órdenes Reales de San Luis y de la Legión de Honor. Sobrevivió, como Laborde y muchos otros franceses, a las dos restauraciones, al Imperio de los 100 días, a lo que fuera en una época convulsa¹⁴. Estuvo en San Sebastián durante la ocupación napoleónica, de octubre de 1812 hasta poco antes de su destrucción en 1813, y procedía de Vitoria, en donde había pasado varios meses. Su misión

13. BOWLES, Guillermo: *Introducción a la Historia Natural y la Geografía Física de España*. Segunda edición corregida. Imprenta Real. Madrid. 1782.

14. EMSLEY, Clive: "Médard Bonnart, Souvenirs d'un capitaine de Gendarmerie (1775-1828)". *Crime, History and Societies*. Vol. 9. 2009.

no era muy deslumbrante: fiscalizaba, entre otras tareas, la cebada que los escuadrones del ejército francés consumían. Como “un burócrata con uniforme, esto es, un perfecto burócrata” es definido en *San Sebastián: revista anual ilustrada*¹⁵ de donde tomamos sus impresiones sobre la ciudad. Con sus notas, su mujer publicó, luego de su muerte, su *Histoire*¹⁶.

Así pues, aquí tenemos a nuestros relatores, seis escritores bien diversos: un cónsul comercial, un presbítero, un ensayista y político, un lingüista también político, un viajero y también político de éxito y, por último, un militar y gendarme. Dos españoles, otros dos franceses, un inglés y un prusiano.

2. Una ciudad con vistas y con un clima peculiar

San Sebastián es una ciudad que hoy mira al mar. Es más, mirar al mar se ha convertido en una especie de *caché* aristocrático al alcance económico de unos pocos. Sin embargo, no siempre esta realidad ha sido así.

Lo que hoy se ve como “el marco incomparable” no era percibido de esa forma. Más bien, era visto como un arenal poco atractivo que impedía en gran medida el fondeado de las grandes embarcaciones. Resulta curioso cómo la historia, nuestros contextos culturales (entendiendo la cultura como algo amplio) condicionan nuestras percepciones y nuestro sentido de la belleza.

Una mirada con deleite auténtico sobre San Sebastián no se observa hasta la del cirujano y artista Wilkinson en la época de la I Guerra Carlista, pero esto no sucede hasta 1838, muy lejos de las miradas de nuestros protagonistas y, además, su vista deleitosa de la bahía se enmarca entre las ruinas del convento en ruinas de la dominicas de Loreto, en la zona del actual palacio de Miramar¹⁷. Puro romanticismo.

Tampoco parece que contribuyeron mucho las laderas despobladas de arbolado de Urgull, Igeldo o de la isla de Santa Clara. Una San Sebastián deforestada y trazada por líneas fortificadas no sería lo más bello para aquellos ojos del XVIII y, quizás, de los nuestros.

15. ANÓNIMO: “San Sebastián en 1812, lo que nos cuenta Médard Bonnard, capitán de la gendarmería francesa que vivió aquí varios meses”. *San Sebastián: revista ilustrada*. N.º 18. Año XVIII. 1952.

16. BONNART, Medard: *Histoire*. Imprimerie A. Epernal. Paris. 1828.

17. WILKINSON, Henry: *Apuntes paisajísticos y musicales de las provincias vascas*. 1838. Publicaciones de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián. San Sebastián. 1976, pp. 156-157.

Un hombre tan educado en la belleza como era Humboldt nos refiere que “las dos ensenadas de los lados están limitadas por montes calvos y áridos”. Se refiere a los montes Mendiotza (Igeldo) y Ulía. Santa Clara, también con “orillas pobladas de matorral”, y no de árboles, le otorgaba “la vista más pintoresca en este paisaje por lo demás calvo y triste”. Repitamos con el prusiano: “paisaje por lo demás calvo y triste”.

Pero nuestro “amigo número uno”, como calificaba Arocena¹⁸ a Humboldt, sigue con sus improprios: “rodeada en primer término por alturas calvas y trechos de arena, la ciudad de San Sebastián no tiene, como se ve, que pagarse de ninguna situación hermosa”¹⁹. Menos mal que era amigo. Y número uno.

Podíamos pensar en algún tipo de inquina, pero no había tal. Para Humboldt lo bueno, lo bello está detrás de la ciudad y del mar, en las colinas, en los valles, en las montañas que rodeaban la ciudad murada. Si se miraba hacia el interior “cuán agradablemente sorprendido queda uno”.

“Cuán agradablemente sorprendido queda uno, sin embargo, si se dirige la mirada solamente algo más lejos por la región. Sea el que quiera de los numerosos paseos de los alrededores de la ciudad el que se elija, se encuentra la variación más deliciosa de colinas boscosas y valles fértiles, y no sería fácil que hubiese otro poblado de las provincias vascongadas tan en el punto medio de escenas encantadoras de la naturaleza”²⁰.

Humboldt viene en primavera y queda prendado y seducido por el campo vasco, por los caseríos y sus pertenecidos. Aquello era lo realmente bello: los bosques, los fértiles campos, la naturaleza verde vasca... Humboldt no tiene empacho en señalar su desdén por la ciudad: “No me detuve en San Sebastián lo bastante para visitar siquiera todos los paseos más principales de la ciudad”. Recordemos que San Sebastián pocos paseos contaba por entonces. Según sus propios datos, bastante optimistas por cierto, contaba con 8.000 habitantes en la ciudad murada y otros 6.000 extramuros. Es evidente que no era París, ciudad en la que residía por entonces, por lo que sus paseos serían bastante más reducidos.

Humboldt “pasea” por Urgull y observa San Telmo. La vista le sume en la melancolía y su “claustro gris gótico” con su “único ciprés en medio” le “oscurece todavía más” su mirada. Mira hacia el Urumea al que denomina “riachuelo” y ve que “el mar tiene su orilla por todas partes enarenada”. Nada agradable; “sin embargo, y a una pequeña distancia se ve de nuevo

18. AROCENA, Fausto: *El País Vasco visto desde fuera*. Biblioteca Vascongada de los Armas del País. San Sebastián. 1949, p. 72.

19. HUMBOLDT, Guillermo de: *Los vascos*. Ediciones vascas. Bilbao. 1979, pp. 65-67.

20. *Ibidem*, p. 67.

matorral verde y campos labrados, y cierra el fondo una cadena de altas montañas navarras y vascongadas” ¡Qué delicia!

Así que a Humboldt lo que le ponía era el entorno montañoso de la ciudad murada y no su vertiente marítima. Esta impresión la remacha con un paseo en torno del Urumea, camino de Hernani:

“Únicamente una hermosa tarde de primavera en uno que sigue por las orillas del Urumea, el riachuelo que desemboca en el mar a oriente del castillo, yendo hacia Emani hallé de nuevo todo el carácter deleitoso de las regiones vascongadas, de que todavía me acordaba con tanta viveza desde mi primer viaje a España, por la arrobadora variación de pintorescas masas de naturaleza”²¹.

Quizás a nuestro “amigo” prusiano le tocó disfrutar de esas primaveras tan lluviosas, tan nuestras. Así, señala también su “clima áspero” y, con exageración, se refiere a las lluvias que caen “en dos terceras partes del año bien cumplidas”, persistentes hasta el punto que apunta que a la ciudad el ingenio popular español le había otorgado el “mote nada decoroso” de “el orinal del cielo”.

Laborde es algo más generoso con el clima y se limita a señalar lo nebuloso y húmedo que puede resultar: “*Le ciel de Saint-Sébastien n’est pas cependant très beau, il est souvent nébuleux; l’air y est ordinairement humide et quelquefois chargé de bruillards*”²². Él también, como Humboldt, se siente más atraído por las afueras: “*les dehors de Saint-Sébastien sont agréables*”, pues combinan la vista del mar y la de los Pirineos. Al igual que Humboldt se pasea desde el barrio de Santa Catalina y su puente hacia “*l’agréable vallée de Layola*”. El sendero se encontraba sombreado por frutales y embellecido por olorosos jazmines. Loiola con su forma de semi-círculo, con el río bordeado por frutales y recorrido en sus orillas por ricos cultivos combina colores que se embellecen aún más con los últimos rayos del crepúsculo. Esto es, lo hermoso de San Sebastián, coinciden estos dos autores, se encuentra en los campos que bordean el Urumea.

Sin embargo, un marino como Frankland desdeña las nubes, nieblas y lluvias y remarca, quizás en comparación con la Inglaterra de la que procedía, el “mucho calor”, fruto de “la reverberación del sol desde el monte del castillo, por una parte, y de la arena de la playa, por otra”, que es la causa, para él, de que en la ciudad haga más calor que en otras situadas más al sur.

21. *Ibidem*, p. 72.

22. LABORDE, Alexander de: *Itinéraire de L’Espagne, et tableau élémentaire des différentes branches de l’administration et de l’industrie de ce royaume*. Chez H. Nicolle. Paris. 1808, p. 118.

Bonnart también se refiere al calor. Delante de los balcones se ponían persianas colgantes y, añade, “por la mañana se ve a las mujeres sacudir las sábanas para hacer desaparecer las pulgas y los chinches que no han tenido el cuidado de matar. Los transeúntes los reciben”. A las pulgas de la ciudad las hará célebres Víctor Hugo en su viaje de 1843.

Para el castellano Ordóñez “llueve la mayor parte del año” y a veces se hacían rogativas para que serenara y otras para que lloviera, pues dada “la causa de ser ligera la tierra de este país” los sembrados y los pozos se secan. El agua siempre fue un problema en la ciudad, en especial su escasez de pozos por su subsuelo arenoso.

Ordóñez termina su libro con la breve nota 62 en la que descubrimos la melancolía por su tierra señalando que “jamás se ha visto en toda esta provincia cigüeña alguna y los que no han salido de ella, no las conocen ni saben qué hechura tienen, ni tampoco las sandías aunque hay muchos melones”. Así que ni cigüeñas ni sandías.

Todos tenemos experiencias de los terribles temporales que han azotado la ciudad no hace mucho. Hoy los achacamos a nuevos problemas climáticos, pero la experiencia nos confirma que la ciudad ha luchado infatigablemente “contra los elementos”. Frankland señala que cuando soplaba con fuerza el viento del NO, “las olas ascienden a gran altura y casi alcanzan la cúspide de la isla de Santa Clara”. Igualmente, y a menudo, el mar subía “por encima de las murallas cuarenta pies, y a veces más”. San Sebastián es una ciudad que históricamente se protege del mar, que no mira al mar, sino que le da la espalda, quizás, sabedora y temerosa de su fuerza ingobernable. Dice Frankland que la ciudad “está de tal forma oculta por el monte que, viniendo del mar hacia la tierra, no se la ve hasta que se encuentra uno dentro de la bahía”. Señala el mismo autor que en los tejados para protegerse de “los vientos frecuentes y repentinos, ponen encima grandes piedras para que se mantengan firmes”. A pesar de la defensa de Urgull y de las piedras citadas “con los furiosos temporales, piedras y tejas caen al suelo y entonces, como las calles son estrechas, es peligroso andar por ellas”.

Frankland debió conocer la terrible tempestad del 7 de diciembre de 1688, en que los rayos hicieron volar el polvorín del castillo. Murieron varias personas y “quedaron sentidos los edificios, y padecieron hasta las iglesias mismas”, dice Camino²³. El mismo autor refiere también el gravísimo incendio del almacén de la Real Compañía de Caracas o la terrible tor-

23. CAMINO Y ORELLA, José Antonio: *Historia de la ciudad de San Sebastián*. Ayuntamiento de San Sebastián. San Sebastián. 1963, p. 122.

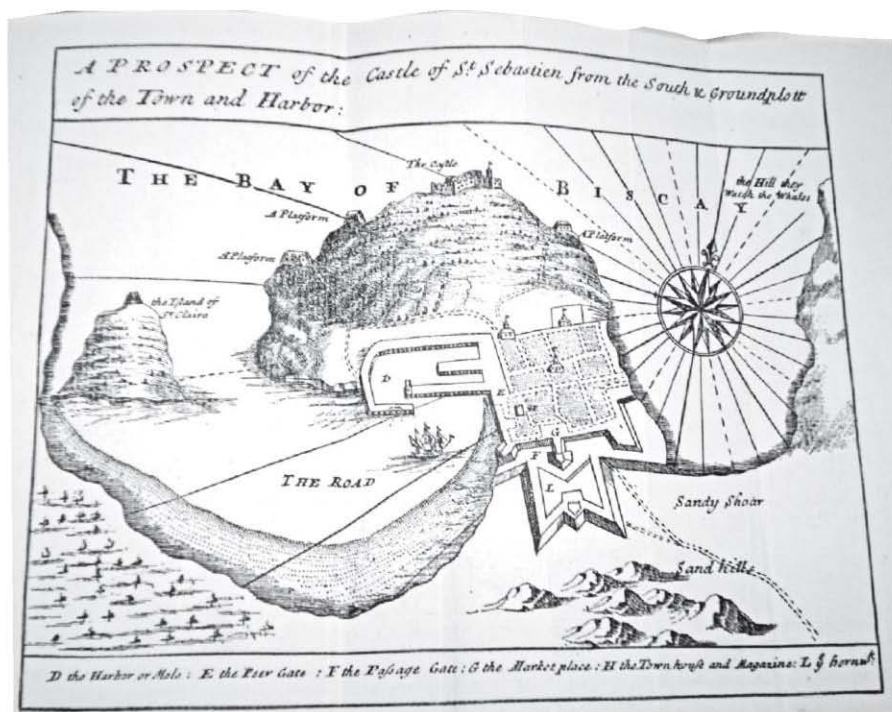
menta de la noche del 27 al 28 de septiembre de 1775, por la que piedras, tierras y torrentes se precipitaron del castillo a los conventos limítrofes²⁴.

También para la condesa d'Aulnoy, según se refleja en su retrato de 1679, Urgull era el dique de la ciudad y

“ forma un recodo a donde van los barcos a refugiarse cuando los temporales los acosan, porque sufre aquella región tormentas tan extraordinarias y huracanes tan terribles, que los navíos, con el ancla echada, naufragan muchas veces en el puerto”.

Curiosamente, de nuevo, para Frankland, un inglés muy familiarizado con el mar, lo estupendo tampoco se encuentra en la vista de la bahía, sino que lo hermoso es la vista desde el castillo: “el bello panorama del golfo de Vizcaya, desde el cabo de Machichaco al Cap Breton y Arcachon en Francia”.

Viejas miradas, viejas perspectivas.



Plano de la ciudad de finales del s. XVII tomado del libro de Frankland. Foto del autor.

24. *Ibidem*, pp. 203-204.

3. Una ciudad que trabaja

La ciudad ha tenido actividades económicas diversas. Desde luego en esta época ni era una ciudad turística ni una ciudad de servicios. Era San Sebastián una ciudad pesquera, comercial y militar mayormente. Sin embargo, no podemos olvidarnos de ese cuarenta por ciento bien subido que habitaba fuera de las murallas, que en gran parte eran *baserritarras* que poblaban el casi millar de caseríos en los pueblos y barrios de Altza, Igeldo, Loiola, Ulía, Amara, Lugaritz, Zubieta, Aduna... Es un aspecto que muchos desdeñan quitándoles la ciudadanía a los humildes campesinos. Formaban la mayoría de, eso que hoy llamamos, la población activa. Algunos, con cierta contumacia, estamos para insistir sobre esta realidad²⁵.

Uno de los primeros viajeros que dieron fe de la ciudad fue el embajador veneciano Andrea Navajero, que allá a principios del siglo XVI destacaba que la ciudad fuera la mayor localidad de la provincia y que “en algunas épocas del año” se pescaran “ballenas lo mismo que en Bayona”²⁶. Así pues, a aquel gran personaje procedente de la comercial república veneciana no le sorprendieron aspectos como el comercio o la milicia. Para él, lo singular era la pesca de ballenas.

Para fines del siglo XVII las ballenas del Cantábrico eran escasas, pero Frankland da noticia de que los barcos iban al norte a su pesca y comerciaban “en aceite de ballena y en barbas de ballena”. Incluso, todavía a veces se cogían “a la vista del castillo”. Debía tener su importancia, pues había dos vigilantes, uno en Ulía y otro en Urgull, que se avisaban entre sí. El del castillo tocaba la campana y los pescadores se apresuraban a salir tras el cetáceo.

Otra presa era el bacalao del que había “algún tráfico con Terra-nova”. Parece que la aventura canadiense empezaba a flaquear pues, señala Frankland, eran “abastecidos mejor por otras naciones que con pesca de sus propios barcos”²⁷. Habían comenzado los problemas con las grandes potencias. Todavía en 1812, cuenta Bonnart, que en el Ayuntamiento se podían contemplar los objetos de los “salvajes” del Labrador: telas, ropas, macanas, arcos, flechas, aljabas...

25. BERRIOCHOA AZCÁRATE, Pedro: “San Sebastián agraria”. *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*. Obra social de Kutxa. San Sebastián. 2013, pp. 435-478.

26. NAVAJERO, Andrés: *Viaje a España del magnífico señor Andrés Navajero embajador de la República de Venecia ante el emperador Carlos V*. Editorial Castalia. 1951, pp. 101-104.

27. UNO QUE ACABA DE VENIR DE ALLÍ: *Descripción de San Sebastián relativa a su gobierno, costumbres y comercio...*, pp. 66-67.

El mismo autor se hace eco también de la pesca de bajura, destacando a la sardina como especie más importante. Era un alimento muy apreciado (“las aprecian más que a los arenques”) y se pescaba en gran cantidad, pero no en nuestra costa sino fundamentalmente en las costas de Galicia.

El francés Bonnart destaca la abundancia de pescado de mar y de agua dulce, y su baratura. Da también noticia de la pesca del salmón en el Urumea. No se trataba de una técnica muy respetuosa para nuestros tiempos, aunque para él fuera “de lo más divertido” en 1812-1813. Unos hombres tiraban piedras desde el puente de Santa Catalina a los salmones que remontaban el río; otros detrás en una barca tendían las redes en donde los pobres peces quedaban prendidos. Laborde insiste en “*le divertissement de la pêche du saumon dans la rivière qui baigne les fortifications de la ville*”²⁸.

El cónsul inglés nos ofrece el aspecto humano de aquellos pescadores de fines del siglo XVII. Sus mujeres les estaban esperando en el muelle con sus capas y sus espadas o espadines. El contenido de la noticia no es demasiado feminista. Las mujeres cargaban con el cesto de pescado en la cabeza para llevarlo al mercado y los hombres con paseo “majestuoso” paseaban orgullosos por la ciudad. Su lenguaje, siempre en euskara, debía ser poco edificante, pues “el lenguaje soez y la algarabía de los vendedores de pescado del mercado de Londres no es nada comparado al que arman los pescadores y las vendedoras de manzanas”. “Siempre andan a la greña” entre ellos, señalaba, aunque se amestaban a la semana.

San Sebastián era una ciudad comercial, ligada al puerto y a sus tiendas urbanas. Del comercio del siglo XVII nos da cuenta la condesa D'Aulnoy señalando que se basaba en el hierro y la lana²⁹. Menciona Frankland que los productos principales del puerto eran el vino, el hierro y el aceite. Las ferre-rías estaban cerca de la ciudad y las barras de hierro eran transportadas en caballos o mulas provistos de armazones de madera adaptados a la albarda. Las demás mercancías eran transportadas en la narrias tiradas por una pareja de bueyes. Hemos comentado los derivados de la ballena y el pescado.

Frankland sabía de vinos, no olvidemos que fue destituido por sus supuestas prácticas fraudulentas con este producto. Señala que era “el más importante negocio que tienen en la actualidad, y lo que hace entrar más dinero en la ciudad”. Tras la Guerra de los Nueve Años (1688-1697) entre Francia e Inglaterra, ésta puso altísimos impuestos a los vinos franceses, y parece que el cónsul los introducía bajo la etiqueta de vino español. De todas formas, la salida de vino navarro no solo de San Sebastián, sino tam-

28. LABORDE, Alexandre: *Itinéraire de l'Espagne...*, p. 118.

29. La condesa pasó una noche y poco más en la ciudad y habla al unísono de los puertos de Bilbao y de San Sebastián.

bién desde Hondarribia, Pasaia o Getaria, debía ser espectacular. Todo lo cual había llevado a un cuidado más exquisito de los viñedos navarros. “Se puede ver en San Sebastián cientos de mulas cargadas de vino en pellejos de cerdo”. Cada mula transportaba tres pellejos y lo hacían todos los días, domingos inclusive. El vino era luego envasado en toneles, que se hacían con duelas de roble y aros de castaño en la comarca. El cónsul emitía un certificado donde constaba ser vino navarro, los toneleros juraban haber realizado los toneles y a estos se les ponía el sello que rezaba: “Muy Noble y Muy Leal Ciudad de San Sebastián”.

Otro artículo, en este caso importado, era el trigo. En la comarca cercana a San Sebastián se producía poco trigo, sus caseríos eran más de maíz. Era, pues, necesario importarlo. Frankland nos da noticia de su importación desde el estrecho de Sund, allá en Dinamarca, de la Berbería (la costa magrebí) o “con frecuencia de Inglaterra”. Apenas se consumía trigo castellano por las dificultades del comercio terrestre.

El puerto de la ciudad ya había sido eclipsado por el de Pasaia, que a lo largo del s. XVIII conseguirá su relativa “independencia” con respecto a Hondarribia y a San Sebastián. Señalaba Jovellanos que las embarcaciones grandes corrían serio peligro, la Concha no tenía suficiente fondo, y no entraban en su dársena “que es seca, estrecha y de mala forma, porque tiene dos senos”. A principios del XIX el puerto contenía 25 ó 30 barcos, según Laborde.

Ordóñez, por la fecha que describió la ciudad, nos tenía que haber hablado con precisión de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, pero al presbítero no le interesaban demasiado los aspectos comerciales. Solo señala lo que le concernía, la porción de pesos que cada navío de Caracas que llegaba a Pasaia o a Cádiz pagaba para la parroquia de Nuestra Señora del Coro. También refiere que desde su fundación en 1728 hasta la fecha de su escrito en 1761 habían muerto 45.000 hombres, cifra increíble; que mayormente habían muerto en Caracas y que dejaron muchas viudas en el país.

Jovellanos nos habla ya de cierta decadencia de las ferrerías de los alrededores que ya se nutren de carbón de piedra inglés, y, para su pesar no del asturiano, y también se refiere a la Compañía de Filipinas ya epigónica, con residencia en Pasaia.

Laborde, ya a principios del XIX, menciona el pasado de la Compañía de Caracas y no le da excesiva importancia a la de Filipinas. Sin embargo, del puerto menciona los navíos extranjeros que lo frecuentaban (ingleses, holandeses y franceses, mayormente) y lo que se exportaba: hierro, anclas, cuerdas y cables, cueros, lanas y, a veces, algodón. Este mismo autor explica que el puerto era franco, pero que no se hallaba habilitado con respecto al comercio de América. Había ya empezado la lucha de las aduanas.

Laborde menciona también la industria que se concentraba en los barrios extramuros de San Martín y Santa Catalina. En el primero anota cinco fábricas de pieles y cueros; en el segundo, una fábrica de anclas para la marina real y otra de cordelería. Anteriormente, medio siglo antes, Ordóñez señala también la construcción de navíos, velámenes, remos, poleas y la existencia cuatro maestros cordeleros.

El comercio tenía su Consulado. Se situó en el segundo piso del edificio de la Casa Consistorial de la Plaza Nueva tras ser construido este hermoso espacio a principios del siglo XVIII. El Ayuntamiento en el primer piso y el Consulado en el segundo dan una imagen metafórica de dónde se hallaba el poder en la ciudad. En los bajos se hallaba la alhóndiga. Una pequeña “república” comercial como la Lübeck hanseática de *Los Buddenbrook*.

Todos los aspectos comerciales, excepto la criminalidad que correspondía a la justicia ordinaria, pasaban por sus manos.

Lo formaban un prior, dos cónsules elegidos anualmente con sus tenientes, cuatro consultores, el asesor, el síndico, el escribano, el tesorero y el ministro. Todos ellos, salvo el ministro y el secretario, debían de ser comerciantes. El Consulado nombraba al capitán del puerto y del muelle. Allá tenía su Casa Torre/almacén y su prisión. La presencia de barcos de velas de muchas nacionalidades obligaba a que contara con sus correspondientes intérpretes.

El Consulado reparaba el muelle, tenía hermandad con los de Cádiz y Bilbao, al igual que con los de otras ciudades extranjeras, y expedía el pasaporte del rey a los patrones de navío. Era dueño de 72 acciones de la Compañía de Caracas y contribuyó al gasto de “la primorosa fábrica” de la Casa Consistorial que llegó a los 4.000 pesos³⁰.

Buena parte del comercio tanto exterior como interior estaba en manos francesas como se desprende de los relatos. Estos, parece que especialmente los vascofranceses y los gascones, acudían a la ciudad por su condición de burgo franco, en la que las mercancías no pagaban impuestos. La tradición franca, gascona, bearnesa o vascofrancesa, la del SO francés, es una constante que atraviesa la historia de Donostia desde su fundación hasta el siglo XX.

El comercio interior al detalle debía de ser muy rico en la ciudad. Ya en 1761 el cura Ordóñez señala la elegancia de las mujeres donostiarras que “no se distinguen de las de la Corte, y aun exceden a aquellas” por la cercanía de Francia. El ropaje y los aderezos femeninos y también, aunque en

30. ORDÓÑEZ, Joaquín: *San Sebastián en 1761. Descripción de la ciudad, sus monumentos, usos y costumbres...*, p. 51.

menor grado, masculinos nos descubren un comercio pujante y una ciudad coqueta. De la moda hablaremos algo más adelante. Este comercio elegante estaba mayormente situado en los soportales de la Plaza Nueva y era regentado mayormente por los franceses:

“En el soportal de la casa de la ciudad y en algunas casas, hay tiendas portátiles de franceses que venden ricas cosas, como medias de sedas de todos géneros, vuelos para mujeres y hombres, cortes de chupas bordadas, abanicos, aderezos completos de piedras de Francia, cajas para tabacos de mil modos, pañuelos bordados, muselinas, holandas, batistas y sombreros finos con muchas más curiosidades como en la calle Mayor de Madrid, y suelen hacer bastante equidad”³¹.

Otro aspecto sorprendente en comparación con la actualidad es que casi todos los viajeros mencionan la baratura de la vida en la ciudad. Todo era barato: los salmones, la sidra, las fondas, las tiendas, los productos importados por el puerto... Salvo el problema de la vivienda, parece que la vida era regalada en San Sebastián. La que desentona es la condesa de D’Aulnoy que señaló: “Todo es tan caro como en París”. Así pues, no sabemos exactamente con qué quedarnos.

Todos los viajeros tienen la finura de no mentar una actividad tan poco recomendable, pero tan extendida, como era el contrabando.

Las tiendas de comestibles tampoco eran escasas. Se vendía azúcar, canela, cacao... Aparte de “tabaco de hoja y polvo” y otros productos de lujo como seda y “todo género de lencerías de algodón y chinas”. “Apenas hay casa donde no se venda algo”, concluye el presbítero Ordóñez. Todas las mercancías carecían de impuestos, salvo el estanco del tabaco y del rapé.

Ordóñez da cuenta al detalle, uno por uno, de los diversos artesanos y personas de oficio que había en la ciudad. Mirándolos, nos fijamos en algunos: cuatro doradores y estofadores, cuatro arquitectos de retablos, doce plateros... entre los trabajadores artísticos; diez herreros, ocho confiteros y cereros o seis peluqueros, “que trabajan mejor que en Madrid”, o “más de 60 sastres, otros tantos de obra prima, que unos y otros visten y calzan a las mil maravillas así a hombres como a mujeres”... Todos estos oficios nos dan una idea del buen vivir y del relativo lujo de la ciudad en 1761. Por otro lado, sus apreciaciones nos otorgan una imagen coqueta de nuestro clérigo relator. Llama también la atención el que hubiera 40 tabernas de vino de Navarra y que de los chocolateros “no hubiera número”. Un oficio echa de menos Ordóñez: no había ninguna heladería, pues era difícil conseguir hielo.

31. *Ibidem*, p. 37.

Había también dos tamborileros asalariados, un barquillero y un pregonero. Según Frankland todos los domingos y festivos se celebraba “un baile para la gente ordinaria”, en la Plaza Vieja, que era entonces también la del mercado. Un detalle macabro: el tambor mayor también ejercía de verdugo.

Mientras los demás relatores hacen caso omiso de los labradores o los describen de una forma general, Ordóñez da muchos detalles sobre la San Sebastián agraria.

“Habrán mil caseríos en el contorno de tres leguas” comenta el presbítero, es decir, se trataba del lugar de Gipuzkoa con más caseríos. Los caseríos, como hemos comentado, apenas producían trigo o cebada, eran más de maíz, como era normal en el este de la provincia. Sin embargo, los caseros de San Sebastián eran campesinos mercantiles, que tenían cerca un gran mercado y, por tanto, adecuaban a él su producción. Ordóñez enumera hortalizas: coliflores, melones “de carne colorada”, pepinos, disformes calabazas, espárragos “mejores que los de Aranjuez”..., “no hay hortaliza que no haya aquí”, señala. Estas palabras valdrían para desmontar tantos tópicos sobre el *baserritarra*. Que si autárquico y autista, que si refractario al mercado... Y no se para aquí. También producían flores: “todo género de flores, ricas rosas y grandes claveles encarnados y de esto cogen mucho y lo venden suelto o en ramilletes”. Igualmente, leche, queso o requesones. Por la descripción parece que el ganado y sus derivados fueran mucho más escasos. Sin duda, el ganado era mayormente para la tracción, para las narrias (*lerak*), que eran los vehículos de transporte en el interior de la ciudad y en el puerto. Todo indica que era la gran ocupación masculina casera: la de transportistas.

Y también, señala, se producía mucha fruta: “grandes melocotones, peras, muchas clases de manzanas y generalmente de todas las frutas”. La condesa d’Aulnoy apuntaba por las frutas “que además de muy bellas, son de sabor exquisito”.

He citado que es peculiar que nuestro cura fuera un hombre que se fijara demasiado en las mujeres. Sin embargo, hizo lo que pocos: dio un valor sustantivo al trabajo femenino casero. Las *etxeoandres* y las *neskati-llas* del caserío nos aparecen en su retrato como auténticas heroínas. Reproducimos casi todo el texto, pues no tiene desperdicio:

“cargan las mujeres de los caseríos unas cestas muy grandes que pesarán ocho o más arrobas y sobre la cabeza las traen a la ciudad descalzas de pies y piernas subiendo y bajando peñascos de dos leguas y más, de esta forma llegan a la ciudad no se si diga hasta ochocientas cestas, se llena la plaza a las siete de la mañana y lo mismo sucede aunque esté lloviendo todo el día (...) y con el dinero que han hecho compran para sus casas, aceite, jabón, pescados, especias, ropa, y cuanto necesitan para la semana (...) desaparecen lentamente y a las doce las más marcharon”.

Las mujeres bien visibles para el cura castellano. Trabajadoras, ágiles, abnegadas. De nuevo, el mercado: el caserío abierto a vender lo que hiciera falta. Mercado diario: de siete de la mañana hasta mediodía. Y las mujeres con sus dineros, con su *ixil-poltsa*, comprando los productos que no podía suministrar el caserío.

Ordóñez tampoco se deja engañar por el mito del “pequeño propietario”, del *etxejoaun*. Nada de eso: “estos (los caseros) cuidan de aquellas haciendas y se aprovechan de leña y de yerbas, están ajustados con los amos de diferentes maneras pero lo regular es que parten con los dueños de todos los frutos y ellos ponen sus manos, ganados y su trabajo”. Es decir, los campesinos son colonos de propietarios que cobran la renta en una especie de aparcería, pues se quedaban con la mitad de los frutos, salvo con los del ganado, que corría a cargo del colono.

Y sigue relatando el régimen de propiedad:

“estas son las haciendas de toda la provincia, no hay persona que no tenga caserío, algunas tienen muchos y hay quien tiene más de cien y de esto se componen los mayorazgos. Los caseros sin tener un palmo de tierra suyo, tienen conveniencias y son criados perpetuos de sus amos y hay familias que de tiempo inmemorial se conservan en ello y los estiman los amos y les ayudan en cuanto se les ofrece”.

Relaciones de subordinación, de deferencia de caseros a amos en la “igualitaria” Gipuzkoa: “criados perpetuos”.

Además, había señores que gustaban de pasar un tiempo, una especie de vacaciones, en sus caseríos. Por eso, tenían habilitadas unas habitaciones particulares en el caserío del colono y allá se hacían servir. Todavía lo hizo así el alcalde Zaragüeta en su caserío Intxaurdegi de Aiete, casi a mediados del siglo XX. Leamos lo que dice nuestro cura favorito:

“Los sujetos de conveniencias suelen pasar algunos meses en sus caseríos en primavera y otoño, y aunque alguno se reduce solo a tener oficinas para guardar sus frutos y recoger sus ganados, alguna salita y una cocina, hay otros como palacios, con galerías, balconajes, gabinetes, buenas salas y dormitorios bien alhajados y surtidos de todo lo necesario sin que sea preciso traer colchones la demás ropa ni otros menesteres algunos de cocina y no pocos tienen oratorio y con este motivo vienen a oír misa de otros caseríos; para divertirse para eso suelen tener chaquetos (juego con casillas), juegos de damas, de bolos y de pelota y algunos lo tienen de pala, los sujetos de conveniencia deben estar prevenidos de comestibles porque sus parientes y amigos van con frecuencia a visitarles y acompañarles algunos días y no saben qué gentes tendrían a la mesa”.

No creo que el texto merezca más exégesis por ser excesivamente claro. Y cuando llegaban los visitantes y no tenían suficientes viandas para esto

estaban las *neskatillas* caseras, aquellas ninfas gráciles corriendo ladera abajo, ladera arriba:

“y tienen de prevención unas muchachas lince que vienen a la ciudad a buscar pan del día, carne fresca, huevos, azúcar rosado, pescado y otras cosas, que son tales chicas, que aunque haya una legua en menos de dos horas están de vuelta a los caseríos con los recados, descalzas de pie y pierna, trepando y bajando cerros, y aunque llueva no se acobardan”³².

De nuevo la visibilidad femenina en los textos de un cura que poco tenía de misógino.

Todavía hace otra interesante anotación Ordóñez. Se refiere a las caseras que lavaban la ropa de las casas intramuros, la secaban, la doblaban, la cargaban en cestas sobre los rodetes de sus cabezas y la devolvían a la ciudad. San Sebastián tenía graves problemas de espacio y de agua, por lo que el trabajo de la limpieza de la ropa se deslocalizaba a los caseríos. Los hoteles donostiarra han echado mano de este servicio de ropa blanca hasta bien entrado el siglo XX. Dejemos la palabra a nuestro pequeño presbítero:

“También se hace preciso decir el modo de lavar la ropa de suerte que, como los caseríos están en tierras quebradas, hay en los más fuertes lavaderos, allí tienen leña para las coladas, y todas las mujeres de los caseríos se emplean en lavar la ropa toda la semana, y así los lunes, cuando vienen cargadas de sus verduras y otras cosas, recogen las ropas de las casas y teniéndola lavada y doblada la traen a sus dueños, descalzas como se ha dicho, siempre sobre la cabeza, de forma que son capaces de cargar con diez arrobas; y especialmente los sábados entran cargadas formidablemente, siempre muy agudas, las manos desocupadas y colgando, y los maridos cuidan de las labores de sus caseríos y aguardan en las tardes que lleguen las mujeres con la provisión”³³.

Otra imagen enormemente plástica que tiene por protagonistas a estas heroínas del trabajo; esta ubicuidad femenina omnipresente mientras que los hombres aparecen más conformes con su imagen autista, aguardando a sus mujeres a que les lleven algo dulce. Quizás, *la pattarra*.

Un producto casero muy donostiarra ha sido la sidra. San Sebastián se nutría de un *hinterland* sidrero del que en la actualidad no nos hacemos ni idea. La manzana se repartía a medias entre el colono y el amo. Frankland alaba las manzanas de los contornos “dulces y muy grandes”. Los amos tenían auténticas sidrerías en donde se vendía el líquido dorado a granel. Hay ecos que afirman que la sidra era casi más barata que el agua en la ciu-

32. ORDÓÑEZ, Joaquín: *San Sebastián en 1761. Descripción de la ciudad, sus monumentos, usos y costumbres...*, pp. 32-35.

33. *Ibidem*, pp. 53-54.

dad y que hubo incendios medievales que se extinguieron con la sidra. De esta importancia da también cuenta Ordóñez:

“lo más se trae a la ciudad y se toma la razón a la entrada para arreglar los diezmos: el año pasado de 1760 entraron más de 250 cargas y se reputa cada una ocho cántaros, y la mucha parte que queda en los caseríos allí se vende por la cantidad que ha entrado; pone la ciudad el precio a que se ha de vender y valió la azumbre cuatro cuartos, y el año que se coge poco no pasa de cinco cuartos. Esta bebida la gastan toda la gente trabajadora y los criados y criadas de forma que nadie se resisa en casa en que todas las comidas no les den sidra. También la bebe la gente de mucho copete porque suelen estar criados con ella, y se bebe en muchas casas todo el año”³⁴.

Pero dejemos los asuntos del campo. San Sebastián ha sido hasta hace siglo y medio una ciudad militar, una fortaleza cerca de la frontera francesa, y su desarrollo y su urbanismo estuvieron en buena medida condicionados por tal hecho. Fue una circunstancia que poco bien trajo históricamente a la ciudad: el fuego y su destrucción en varios momentos trágicos.

Uno, que no entiende de aspectos militares, no sabe a qué quedarse respecto al castillo. Dice Laborde que se trata de un castillo o ciudadela poco importante sobre una rampa en espiral. Frankland cita, por otro lado, unas supuestas palabras de Carlos V, quien aseguró “que reconquistaría toda España si solo le dejaban el castillo de San Sebastián”. Por otra parte, apunta que tenía cuarteles “magníficos y capaces para alojar cómodamente dos mil hombres”, aunque no sabemos cuántos soldados había habitualmente. Ordóñez refiere que era “un peñasco formidable e inconquistable”. Y, sin embargo, en 1679 la condesa d’Aulnoy decía, refiriéndose más a su escasa guarnición que a sus defensas artilladas, “que podría conquistarlo un ejército de mujeres sin otras armas que sus ruecas”.

Para Ordóñez todos los soldados eran “unos pordioseros, y si el extranjero rehúsa darles algo, procuran jugarle una mala partida”.

La fortaleza contaba con un comandante general o gobernador, un capitán, un teniente y un alférez como oficiales, y la guardia principal estaba formada por una docena de hombres. Fueran los que fueran, los militares participaban en todas los actos y procesiones religiosas con sus estandartes y la brillantez de sus vestimentas.

El castillo contaba con calabozos y cuartos decentes para presos de honor. Además, existía una casa de pólvora con balas de todos los tamaños y cañones de bronce. Este polvorín, ya lo hemos visto, explotó

34. *Ibidem*, pp. 34-35.

en el siglo XVII, pero para finales de siglo todo el castillo estaba bien reconstruido.

Curiosamente, Jovellanos que visitó el castillo y se alojó dos noches en casa del comandante general, marqués de Montehermoso, apenas menciona nada sobre el castillo. Parece que no le interesaban los aspectos militares; prefería los artísticos y los económicos. Humboldt señala la *boutade* de que se llamaba de La Mota, por el nombre del militar francés que lo construyó.

El cónsul inglés es el único que tenía una opinión militar. Para él tanto el castillo como las dos plataformas con cañones estaban demasiado altas para defender el puerto.

El castillo, como todo San Sebastián, tenía problemas de agua por lo que se usaba el agua de lluvia recogida por los tejados del cuarto de guardia y los cuarteles, que por tubos de plomo era llevada a un pozo. Desde la distancia sentimos pena por el agua que beberían comparada con la excelente agua navarra de la época presente.

A Jovellanos lo único que le interesó fue este pozo y el increíble huerto que había dentro del foso. Recojamos su cita. Jovellanos escribe para sí con su lenguaje impresionista:

“una bomba de mano para sacar el agua y otra para regar por alto; terreno árido, arenisco, y que solo será bueno a fuerza de abonos; nada prevalece sino el maíz; bellísima casita de madera sobre la cortina que mira al mar, cuadrada, bien distribuida, con sala, cuarto de escribir, común, despensa, reservatorio de semillas, todo limpio y bien pensado y pintado. El foso es de grande extensión; en él hay gallinero, palomar, caballeriza, vacas, fábrica de buena manteca de ellas, prado natural y artificial, hortaliza, flores, fruta, etc.”³⁵.

San Sebastián se cerraba a cal y canto diariamente. Ordóñez señala que en invierno la Puerta de Tierra se cerraba a las 7 de la tarde y a las 10 en verano. La puerta tenía dos cerraduras: una, la civil, la cerraba el portero de la ciudad y, la otra, la militar, el capitán de llaves. Se trataba de un privilegio de la época de Felipe II que molestaba sobremanera al comandante general.

Además, como en todas las villas guipuzcoanas existía la milicia local. Para ella en la Casa Consistorial se guardaban 600 fusiles con sus pertrechos.

35. JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Diarios (Memorias íntimas) 1790-1801*. Imprenta de los Sucesores de Hernando. Madrid. 1915, p. 29.

4. Una ciudad que se transforma

Según Laborde a principios del XIX la ciudad contaba intramuros entre 650 y 700 casas. El barrio de San Martín, según Ordóñez, tenía unas 60 casas que formaban una calle “bien angosta”: Cuenta que además de los establecimientos fabriles y el hospital de la Misericordia, en donde se hallaba la imagen del santo, en él vivía “gente laboradora”. El barrio de Santa Catalina contaba con una decena de casas. Había habido una iglesia del mismo nombre junto al hospital de San Antonio Abad, pero fue destruida por el ejército del duque de Berwick en 1719.

Santa Catalina estaba unida por el camino que venía de la Herrera por un puente de madera de 50 metros de largo y doce de ancho, hecho de madera fuerte y con asientos en la parte central, a uno y a otro lado.

Los viajeros no mencionan la reconstrucción de las heridas del sitio de 1719 y de la presencia de 2.000 soldados franceses hasta 1721. Frankland escribe su texto en 1700 y Ordóñez en 1761: nos falta un buen texto intermedio.

Las casas, nos dice Frankland, eran altas y hermosas. De cuatro o cinco pisos, y tenían unos cuatro cuartos por piso. Las calles eran estrechas para la altura de las casas; de ahí que las calles tuvieran “un aspecto sombrío, triste”, según Humboldt. Parece por las descripciones que los inviernos en sus habitaciones eran inclementes con los ciudadanos. Frankland, como buen inglés acostumbrado a una chimenea por habitación, señala que las casas solo tenían una sola chimenea. Anota también, aunque esto solo podrían hacerlo los más pudientes, que en verano se vivía en las habitaciones inferiores y en invierno en las superiores, buscando el sol. Este frío parece que se combatía con el hecho que los dormitorios se situaban en las alcobas.

Destaca el cónsul inglés que apenas había ventana con cristales y que solamente se cubrían con celosías. La descripción del inglés nos produce un cierto escalofrío propio de la poca confortabilidad. 60 años más tarde, Ordóñez, quizás más acostumbrado a los fríos meseteños, destaca la buena sillería de las casas, las molduras y los buenos balcones. En las ventanas ya se ponían buenos vidrios, “y todos de cristales, porque aquí no hay vidrios ordinarios”. Había habido un avance. A Humboldt le llamaban la atención las casas balconadas, pues consideraba al balcón la quintaesencia de lo español.

El problema de la vivienda parece que va con el ADN de la ciudad. Los comerciantes extranjeros, según Frankland, no podían ni alquilar casa y debían entenderse con algún socio de la ciudad para establecerse.

El hacinamiento parece que era una constante. San Sebastián vivía encorsetada, ahorrjada por su pétreo cinturón fortificado. Cuando el 1863

se derriben las murallas, en el himno compuesto por el Maestro Santesteban (*maisuba*) se hace referencia a la “negra prisión” y al “muro (que) le oprimía”. Ordóñez un siglo antes ya se hacía eco de este problema:

“En cuanto a vecindario bastará con decir que, siendo tan corta la ciudad y sin número la gente que en sí encierra, aún las casas de cinco o seis altos están llenas de vecindades, y es muy raro el vecino, aunque sea de mucho copete, que no tenga otros vecinos, y para hallar un cuarto en que vivir, ni con un catalejo se adivina quien se quiere mudar ocupándose la habitación en cuanto sale el anterior vecino”³⁶.

Las calles tenían un piso bueno, pues estaban enlosadas. “Las calles, largas y anchas, están adoquinadas con piedra dura, blanca, bien unida y siempre limpia”, apuntará d’Aulnoy. Quizás por ello, el transporte interno se hacía mediante narrias tiradas por bueyes. Se trataba de evitar el daño que pudieran hacer los cinchos de hierro de los carros y vehículos de ruedas. La presencia de los bueyes era una postal típica, pero no del campo sino del puerto y del centro de la ciudad, como mucho más tarde recordará Juan Ignacio Iztueta³⁷.

Ciertamente, el transporte era un problema dentro y fuera de la ciudad. Llegar a ella era casi imposible e incómodo. Señalaba la condesa d’Aulnoy en 1679 antes de llegar a la ciudad: “Entramos en un camino tan difícil y subimos largo tiempo senderos tan estrechos, junto a los cuales se abrían profundos barrancos y precipicios, que yo no dejaba de temer un resbalón de las mulas conductoras de mi litera”³⁸. Ella viajó en una especie de cabina/litera sobre mulas. Los coches de caballos apenas podían circular por el mal piso de los caminos. Ordóñez solo vio dos coches en sus años de estancia. Normalmente se viajaba en una cabalgadura de mula o a caballo. Jovellanos salió de la ciudad en un caballo cojo, pues tenía un clavo en la pezuña.

Ya hemos descrito los problemas de agua de una ciudad con un sustrato arenoso demasiado permeable. El agua que llegaba hasta la ciudad venía del barranco de Morlans, entonces llamado el “puerto de Morlans”, a través de un acueducto del siglo XVII. Pasaba por el paseo de los caños (actual calle

36. ORDÓÑEZ, Joaquín: *San Sebastián en 1761. Descripción de la ciudad, sus monumentos, usos y costumbres...*, p. 54.

37. IZTUETA, Juan Ignacio de: *Guipuzcoaco condaira*. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao. 1975 (Original de 1847), p. 180.

38. AULNOY, condesa de: *Un viaje por España en 1679*. Ediciones «La Nave». Madrid. 1943, p. 23.

La condesa viajaba con su hija. Tenían dos mulas con literas para ellas, “además de eso cuatro mulas para mis gentes y otras dos para mi equipaje”. En total, ocho mulas. Aparte, llevaba dos arrieros y dos criados. No nos extraña de que se quejara del coste: “ved qué abuso tener que pagar toda esa cantidad de gentes inútiles”.

Autonomía) hasta desembocar en la Plaza Vieja, a los pies de la muralla, cerca de la Puerta de Tierra³⁹ con “una fuente de extremada figura que con seis caños muy copiosos surte toda la plaza”. Ordóñez remarca que a diferencia de su tierra no se utilizaban tinajas para tener agua de prevención, por lo que las sirvientas iban con demasiada frecuencia a la fuente con sus cántaros o herradas, “y por esta razón la fuente siempre se halla con más de cuarenta muchachas tomando agua, y en todos tiempos y horas descalzas de pie y piernas” señala el pícaro beneficiado.

Pero las muchachas gustaban de ir más lejos, fuera de la murallas, al otro lado del puente, “más adelante de San Francisco”, a una fuente silvestre (“la llaman el Chofre”), con un agua aún mejor. Ordóñez nos narra un pasaje lleno de cháchara, escaqueo y galanteo de las pobres chicas de servicio:

“parecerá a cualquiera que estas mozuelas sintieran hacer viajes largos para traer agua, pues es todo lo contrario, gustan más de ir al Chofre, porque allí encuentran otras sus amigas, forman tertulia para tratar sus cosas en que se les pasan las horas sin sentir, y si llevan algunos pañuelos para lavar tienen disculpa para con sus amos para gastar toda una mañana o toda una tarde y lo hacen por conveniencia porque, estando menos en casa, se excusan de hilar o de otras labores; a esto se llega que la que tiene galanteo encuentra en el camino o en la fuente a su querido, con que dicho se está que si la hora de comer o la noche no las hace volver estarían horas, y más horas y para esta caminata tampoco llevan ni zapatos”⁴⁰.

Por cierto, nuestro presbítero señala que las sirvientas francesas eran en San Sebastián “infinitas”. Una y otra vez se hace palpable la influencia del vecino país.

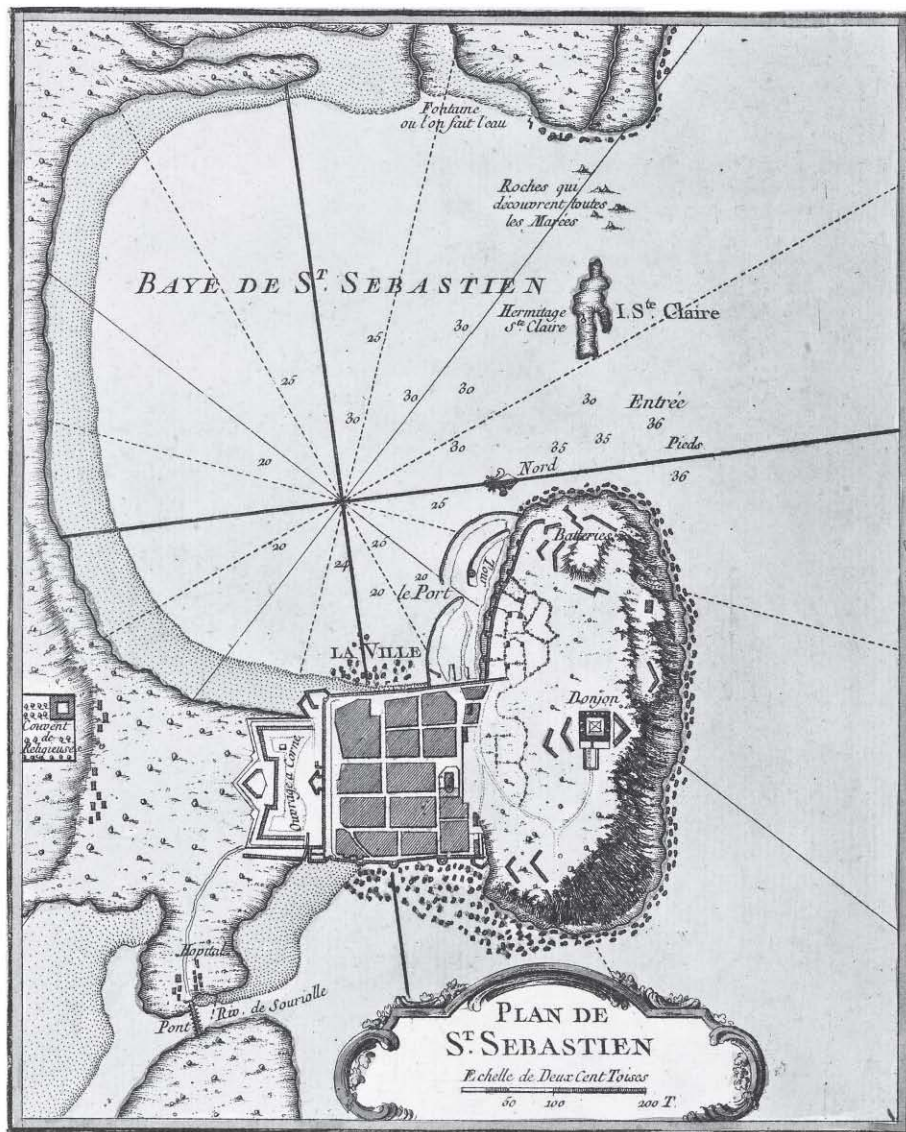
En la época que estuvo Ordóñez destaca dos reformas de importancia: la parroquia de Santa María del Coro y la Plaza Nueva. De la primera destaca que cuando escribió su texto en 1761 todavía no estaba totalmente finalizada. Se estaban acabando las bóvedas y a las torres les faltaba el campanario y el reloj.

Ordóñez se para a describir con todo detalle la Plaza Mayor o Nueva:

“La Plaza Mayor, la nueva, aunque es tan grande como la de Madrid, Valladolid y Pamplona, es mayor que todas y solo excede con muchas ventajas la de Salamanca; es uniforme en todo, llámase Plaza Nueva, porque hace pocos años que se fabricó de planta y nació esto, de que queriendo la Ciudad correr toros en la que ahora se llama Plaza Vieja porque es del Rey, lo embarazó el Comandante General que entonces había, y con este sentimiento la Ciudad, por

39. MÚGICA, Serapio: “El agua en San Sebastián”. *Euskal-Erria. Revista Bascongada*. Tomo XXXIII. San Sebastián. 1895, pp. 212-218.

40. ORDÓÑEZ, Joaquín: *San Sebastián en 1761...*, p. 53.



Plano de San Sebastián a principios del s. XVIII. Museo Zumalakarregi.

tener libertad en adelante, determinó comprar sitios, demoler casas y levantar a su gusto y costa de la Ciudad tomando censos, que aun está pagando réditos y cada año va minorando; luego que se concluyó, que fue el año mil setecientos ventitrés, se estrenó con una corrida de toros en aquel Agosto, ésta es pues cuadrada algo más larga que ancha, toda es de sillería hasta las tejas, tiene tres altos y guardillas sobre los tejados, cada casa dos ventanas y solo tres balcones que dan vuelta a toda la Plaza, y sientan los balcones; como todas ventanas están numeradas y llegan los números hasta ciento cincuenta y nueve, y qué hermosura es ver en dichas ventanas cuando las iluminan novecientas diez y seis hachas en una Plaza Consistorial que coge todo un lienzo de elegante arquitectura y molduras, talla y balconaje diverso de la Plaza⁴¹.

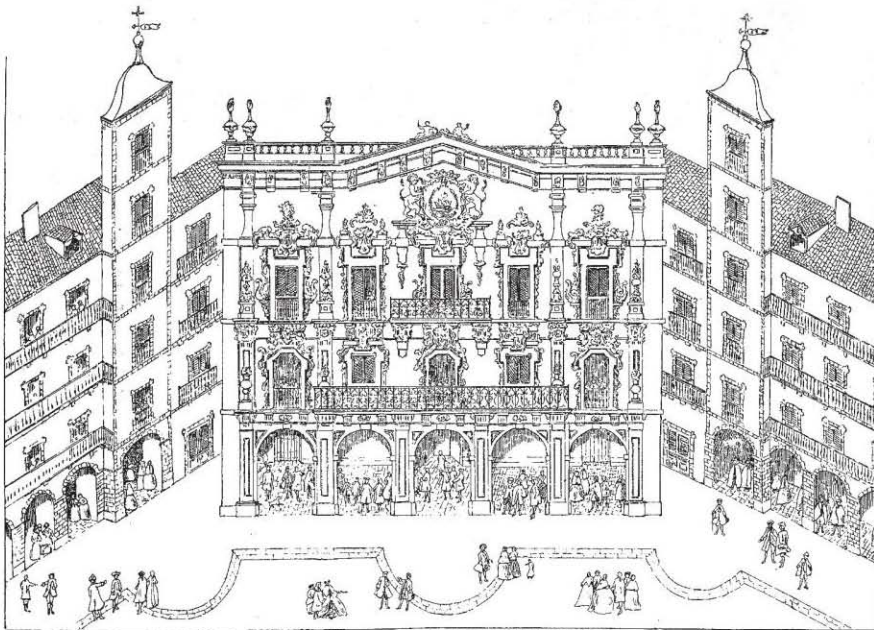
Las exageraciones sobre su tamaño comparativo son elocuentes. Parece que Ordóñez se hubiera aclimatado al narcisismo donostiarra. Otro aspecto es significativo: el que fuera de titularidad pública y que fuera construida para usos taurinos ante la reticencia de las autoridades militares que no gustaban de tales festejos en la vieja plaza de al lado de la Puerta de Tierra. No olvidemos que la vieja plaza era la verdadera plaza de armas militar. Militares anti-taurinos frente a un Consistorio y un pueblo locamente protaurinos en la Plaza Nueva, ahora llamada de la Constitución. Una paradoja para los vientos que corren en la actual Donostia. Además, el Ayuntamiento hacía todo un negocio del espectáculo e iba amortizando la imponente deuda en que había caído por la expropiación de las casas viejas, la construcción de la plaza y de su propio palacio.

“Y como la Ciudad costeó toda la plaza, es dueña asimismo de todas las casas que rentan muchos pesos y bien cobrados, porque en toda ella se venden comestibles y con este producto paga sus encargos, salarios de sirvientes y se va desempeñando de los censos que tomó para esta fábrica. Para una corrida de toros se alquilan las portadas, las cuatro bocacalles, y por esta casa (esto es dos ventanas) está en costumbre pagar dieciséis pesos, los inquilinos que las viven no tiene parte en las ventanas de su casa y la Ciudad hace repartimiento y quedan quejosos porque no alcanzan para todos, con lo que costea la Ciudad las fiestas y gana dinero; y se lleva que el Consulado da para corrida doscientos pesos, la Ciudad la primera tarde envía al Cónsul un gran refresco y éste retorna otro igual en la segunda⁴².”

Es de interés la descripción de aquel edificio barroco diseñado por Hercules Torrelli, hoy desaparecido por el incendio de 1813. Tenía cinco arcos, un primer piso para el Ayuntamiento y un segundo para el Consulado. Remataban el edificio dos torres con campana para el llamamiento a los vecinos, dos leones y dos grandes estatuas de alabastro, significando la Justicia y la Prudencia.

41. *Ibidem*, p. 22-23.

42. *Ibidem*, pp. 23-24.



CONSISTORJO DE LA CIUDAD DE SAN SEBASTIAN
 Construida bajo la dirección del Arquitecto Hercules Torrelli en 1718

Plaza Nueva y fachada rococó del edificio de del Ayuntamiento y del Consulado.
 Museo Zumalakarregi.

El Consistorio que nos describe Frankland era de tipo oligárquico, con unas condiciones parecidas a las necesarias para acceder a los cargos forales: limpio de sangre judía, mora, turca o hereje, y con propiedades (una casa propia en la ciudad o, si no, poseer tierra bastante para cultivar 200 manzanos). En total, eran unos 100 elegibles y electores. Los elegidos introducían a “los amigos, que generalmente son muy pobres” en cargos menores. No se puede decir que la democracia y la transparencia fueran notas distintivas de la ciudad.

Un niño sacaba de un bombo de plata los nombres de los elegidos siguiendo un orden: alcaldes, tenientes de alcalde, síndico, magistrados y jurados. La opinión del cónsul sobre el gobierno de la ciudad, y no olvidemos que era un inglés que conocía bien el parlamentarismo, no puede ser más negativa:

“Los elegidos, cuando llegan a gobernar o a ser alcaldes, se aprovechan para explotar, lo mismo a sus compatriotas que a los extranjeros, y esto lo hacen a la faz del mundo y sin ningún escrúpulo.

Podría referir varios ejemplos que conozco, pero sería comprometerlos demasiado, y, además, difícilmente se daría crédito a que tales tretas y mezquindades fueran practicadas en España, donde todos, desde el más alto al más bajo, se enorgullecen de su familia, de su nobleza y tiene sus «puntilloso honor»⁴³.

5. Una ciudad que reza

Como no podía ser menos, el que nos habla con profusión de los asuntos eclesiales es el presbítero Ordóñez.

La ciudad intramuros contaba con las dos parroquias consabidas y nada menos que con 80 beneficiados. El número coincide con el que da Frankland. Ordóñez cita el nombre de todos ellos. Las dos parroquias, la de Santa María y la de San Vicente, contaban con un prior único y realizaban oficios conjuntos el día de su patrono, la Santísima Trinidad, y el tres de noviembre.

Además, cada parroquia contaba con un sacristán, tres mozos para la cruz procesional y los ciriales, los monaguillos para ayudar misa...

Frankland dedica a los curas una descripción cruda en extremo, que incluso fue “censurada” por la pacata *RIEV*. Es verdad que se trata de un inglés, anglicano con toda seguridad, y que miraría a los ministros “papistas” con cierto recelo; pero tras leer el excelente artículo de María Rosario Roquero del *Boletín*⁴⁴ del pasado año, las dudas se me amontonan. En el mejor de los casos, pensemos que no todos los curas mantenían una vida tan licenciosa como la que describe el cónsul inglés:

“Los curas son los únicos hombres felices que gozan de la compañía de las mujeres.

Son cerca de ochenta en conjunto, y aunque sus ingresos son pequeños, viven alegremente. Comen y beben de lo mejor en las casas particulares, donde siempre son bien recibidos.

Casi todos tiene tres o cuatro hijos, pero no por eso son censurados.

Cuando un cura quiere acostarse con una mujer, desvanece el escrúpulo que pueda tener la mujer al pensar que la fornicación es un gran pecado, diciéndole que tomará todo ese pecado para él.”⁴⁵

43. UNO QUE ACABA DE VENIR DE ALLÍ: *Descripción de San Sebastián relativa a su gobierno, costumbres y comercio...*, pp. 21-22.

44. ROQUERO USSIA, María Rosario: “Clérigos bulliciosos, pendencieros y calculadores”. *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*. N.º 49. Fundación Kutxa. San Sebastián. 2016, pp. 207-344.

45. *Ibidem*, pp. 56 y ss.

Frankland obsequia al clero secular con todos estos pecados capitales: gula, vanidad, lujuria... Además, los califica de ignorantes: “no hay un cura entre veinte que sepa latín”.

Por otra parte, el cónsul, que menciona que las mujeres rara vez salían de casa si no iban a la iglesia, describe unas costumbres sexuales bastante laxas. Quizás, aquellas mujeres de “bonitas facciones (y), ojos negros” no le hicieran demasiado caso, pues las califica de timoratas “y si se atreviesen, mirarían a todas partes, como lo hacen las mujeres de otros países” ¿No le miraron a él?

“Por otra parte, el miedo que toda mujer tiene de perder su reputación o malograr su porvenir, aquí no existe; porque si un hombre tiene un hijo con una mujer, ésta no pasa por prostituta; simplemente, el hombre se queda con el niño, y si la moza no tiene dinero le da una dote, ella se casa, y no por eso es mal mirada.

Otras ventajas tienen las mujeres en este país: después de concluidos todos los contratos y arreglos del matrimonio y fijada la fecha de la boda, la mujer tiene la libertad de invitar a su novio a que le pruebe que es un hombre, y si no queda satisfecha, se anula el contrato, siendo considerada tan doncella como antes. (...)

No se permite ninguna mancebía; pero cualquier calle, en una noche oscura, sirve para el caso; aunque uno debe de cuidarse de no interrumpirles en sus diversiones.”

Asombroso.

Pero volviendo al asunto religioso, San Sebastián contaba también con abundancia de clero regular.

Intramuros teníamos el convento carmelita de Santa Teresa fundado en el s. XVII, del que era patrona la propia ciudad. Igualmente, se encontraba el convento dominico de San Telmo, que entonces estaba “tan sobre el mar” y del que era patrono el conde de Villalcázar de Sirga. En San Telmo se enterraban más donostiarras que en sus dos parroquias. Curiosamente, los dos conventos disponían, según Ordóñez, de huerta en la parte trasera, protegida por el monte Urgull.

Respecto a los entierros, señala Bonnart que existía una cofradía encargada de enterrar a los muertos. Los cofrades vestían túnica blanca ceñida con un cordón y llevaban un sombrero redondo de alas caídas.

Nada dicen sobre el convento de la Compañía de Jesús, quizás porque fuera más pequeño y reciente, y porque desapareciera ya para 1767.

Extramuros, destacaba el convento de San Bartolomé, formado por canónigas regulares, que según Ordóñez era muy rico. Además de la mencionada riqueza en la iglesia y en la sacristía, disponía de “huertos y jardines, incluyendo dentro de muros cerrados un estupendo viñedo”. Ordóñez remite

con detalle los estipendios del clero y la riqueza del ajuar eclesial. Ya para el siglo XVII su abadesa-fundadora incorrupta gozaba de gran devoción.

La parroquia extramuros era la San Sebastián del Antiguo, que era administrada por un dominico, y a la que acudían todos los sansebastianes el Ayuntamiento y el Cabildo, debido a los votos hechos por la epidemia de 1597. Contiguo a la iglesia se encontraba el convento de las dominicas, que no poseía iglesia propia y que se valía de la pegante parroquia. Todo este conjunto de Loreto quedará destruido durante la I Guerra Carlista.

Convento muy importante era también el de San Francisco, que se encontraba al otro lado del puente de Santa Catalina. Los franciscanos se han distinguido siempre por su vasquismo y parece que también entonces lo hacían, pues, señala Ordóñez: “aquí se enseña la Escuela Bascongada y hay sermones en este idioma”.

En el barrio de San Martín se encontraba el Hospital de la Misericordia, “a tiro de fusil” de la Puerta de Tierra. En la ciudad se prohibía la limosna o estaba seriamente limitada; para los pobres estaba destinado el citado hospital. La ciudad era su patrono y se mantenía a través de las limosnas de los fieles. Contaba con unos 130 muchachos a los que se daba escuela y se les procuraba “acomodar en la marinería”. La Misericordia contaba con capellán, cirujano, médicos y varios sirvientes.

Nada menos que dos páginas le dedica Frankland al ermitaño de la Orden de San Francisco que habitaba en la isla de Santa Clara. Debía de ser un personaje curioso que contaba historias y leyendas, pedía limosna y ayudaba a llenar los barriles de vino. Señala el cónsul:

“pero el pobre viejo estaba todos los días borracho como una cuba. Según dijeron, lo despacharon de su celda por esa causa; aunque se cree que fue más bien por meter al que tienen ahora.

Se trata de un caballero del reino de Castilla, de gran posición, a quien por alguna cosa le confiscaron sus bienes, confinándole en la isla como ermitaño”⁴⁶.

En la isla se enterraba a los herejes, y cuando los sacaban de la ciudad para embarcarlos hacia su estancia eterna, una chusma de hombres y mujeres seguía al cadáver, insultando al muerto y gritando: “Ese va al Infierno”. Una imagen poco edificante, que no está de acuerdo con el cliché de la ciudad tolerante y cosmopolita.

Personalmente, tiene particular interés que el ermitaño tuviera su huerta en la isla, vendiendo sus productos.

46. UNO QUE ACABA DE VENIR DE ALLÍ: *Descripción de San Sebastián relativa a su gobierno, costumbres y comercio...*, pp. 32-33.

Estamos viendo la importancia del campo en la ciudad extramuros, pero, paradójicamente, también en la intramuros: huerta militar en un foso de Urgull, huertas en los conventos de Santa Teresa y San Telmo, viñedo en San Bartolomé, los bueyes por doquier... y ahora, huerta en la isla de Santa Clara.

La ermita de la isla era del convento de San Bartolomé y se hacía una función especial el día de Santa Clara con misa cantada, desayuno y barco pagados, tamboril y baile.

En el castillo estaba la ermita del Santo Cristo de la Mota, en donde un franciscano celebraba misa los domingos “y fiestas de guardar”. Además, también había oficios por Cuaresma y todos los viernes del año.

Jovellanos apenas nos habla de los asuntos eclesiales: no tuvo tiempo para tomar su temperatura y, seguro, tampoco le interesaban demasiado. Sin embargo, el ilustrado asturiano cuenta a su diario sus impresiones artísticas. No vamos a mencionar todas sus descripciones, pero como generalidad podemos decir que a Jovellanos le gustaba el llamado gótico de salón que, en cuanto a estructura, va a perdurar hasta el siglo XVIII. De las iglesias de la ciudad y de otras como la de Hernani va a señalar: “las iglesias son como catedrales”. De San Telmo va a destacar que “es como una ciudad”. Le gustó la escalera y el “gracioso claustro” porque no tenían “esculturas, y tanto mejor”. Por ejemplo, de la iglesia del Santo Cristo de Lezo y sus aderezos indicará: “nada bueno”.

Jovellanos, que escribe un diario impresionista, aborrece del barroco y de su versión churrigueresca española. Ya sabemos que los ilustrados introdujeron el Neoclasicismo en Europa. Por eso, la Plaza Nueva le parece “bellísima”, “cuadrilonga, sin ornato, pero muy limpia, bien empedrada”. Sin embargo, sobre el viejo edificio del Consistorio que tenía una decoración rococó, señalará: “mala fachada”. De ahí que de Santa María le guste la planta, los retablos en construcción sobre los dibujos de su amigo “Don Ventura” (Rodríguez), pero al aire rococó de su entrada lo crucifica, señalando su “pésima arquitectura en la portada”. La portada, ejemplar para el marqués de Lozoya, es “pésima” para Jovellanos. Los variables gustos artísticos.

Al ajuar eclesiástico, tan tedioso al menos para mí, le dedica varias páginas Ordóñez. No podía ser menos. Interesante es lo que cuenta sobre el origen y la leyenda de la pequeña imagen de Santa María del Coro: que formaba al parecer el remate del facistol del coro, que un religioso la quiso llevar a su celda, que quedó paralizado cuando iba a franquear la puerta de salida, que confesó su culpa, que desde entonces preside el altar mayor... “Es tan pequeña que cabía en la manga del Padre, tiene de alto una tercia, es morenita y tiene en su niño con la mano izquierda en la boca como chupándose los dedos”, dice nuestro beneficiado.

De las manifestaciones públicas religiosas destacaba la procesión del Corpus: “con mucho lucimiento, gravedad, mucha cera y buen orden”. A ella acudía el Consistorio con sus dos alcaldes, regidores y jurados, acompañados por los maceros y los porteros de la ciudad. También desfilaban el comandante general y el corregidor. La acompañaban las compañías de granaderos y las cofradías, y un sinnúmero de mujeres con sus mantos y mantillas. Vistosidad le otorgaba el elemento militar con los soldados de guarnición, con su coronel y sus tres banderas. Bonnart nos cuenta cómo estas procesiones se seguían celebrando con la ocupación francesa. Un detalle: el día de la octava del Corpus, 24 de junio de 1813, supo la autoridad francesa de la derrota de sus tropas en la batalla de Vitoria. Cuatro días más tarde, el general Rey dio orden de evacuar la ciudad a todas las personas aptas para sostener el sitio. Bonnart y su comisión investigadora partieron para Bayona.

Otras procesiones vistosas eran las de Semana Santa, las del Jueves y Viernes Santo, de noche “con mucha cera, porque nadie va a ellas sin luz”. Pero es de nuevo Bonnart el que nos da cuenta de otras manifestaciones como la de los niños acudiendo a casa del alcalde el Jueves Santo y cantando en euskara. A nuestro autor francés le produjo especial impresión el Oficio de Tinieblas del Viernes Santo en la iglesia de San Vicente, cuando al apagarse las luces “se pusieron a patalear y a golpear con piedras el suelo, los bancos y las puertas”. No era para menos. Preguntó por su sentido y le contestaron que simbolizaba el trueno que se oyó cuando Jesús expiró.

Bonnart también refiere las misas de gallo de víspera de Reyes. Una comitiva de muchachas envueltas en sus mantillas iban en grupos acompañadas de guitarras, panderetas, castañuelas y triángulos. En las casas principales se les distribuía calderilla y se les pedía que cantaran coplas “en lengua vasca”, y no les faltaba “ni sal ni buen sentido”.

Un aspecto que nos aparece una y otra vez es el uso idiomático. En aquella “ciudad libre, a manera de una República” que era la ciudad comercial de San Sebastián, según el cónsul Frankland, parece que el euskara tenía su ámbito: el de las clases populares, que eran, por supuesto, las más y en sus manifestaciones más genuinas.

Ordóñez no aprendió palabra en euskara a pesar de llevar varios años residiendo en la ciudad. Para él, cura meseteño, el vascuence estaba formado por “vocablos intrincados” y era “muy disonante a los castellanos”, pero era muy favorable a “que se conserve este vascongado y durará hasta el día del juicio”, pues los sectores populares, en especial los campesinos, no sabían otro idioma y era necesario saberlo para “mantener el comercio” pues era imprescindible responderles “en su lengua nativa”⁴⁷. Ordóñez señala por un

47. ORDÓÑEZ, Joaquín: *San Sebastián en 1761...*, p. 54.

lado que el núcleo *euskalzale* se encontraba en la iglesia de los franciscanos, pero más tarde afirma que había “escuela y sermones en vascuence para la gente rústica, que son los más”. Por lo tanto, también en los otros templos tendrían doctrina y sermones en euskara.

Por otro lado, existía una importante colonia francesa por lo que el idioma galo era también hablado por determinadas familias. Curiosamente, ningún viajero hace comentario alguno sobre el uso del gascón en la ciudad. Quizás hubiera desaparecido o fuera testimonial.

Un día religioso importante en el país es el de San Juan, una fiesta ligada a viejos ritos precristianos, unidos al fuego y al agua. Bonnard refiere cómo ese día los muchachos de la ciudad iban detrás de las muchachas que volvían de la fuente con los cántaros en la cabeza, y les empujaban para que se mojaran. Seguramente, también rodaría por los suelos algún cántaro o herrada. “Es el único día en que se permiten tales travesuras”. San Juan, pues, sería un día a medio camino entre el culto y la diversión.

6. Una ciudad que se divierte

Hoy San Sebastián tiene fama de una ciudad algo sosa. No quiero herir susceptibilidad alguna, pero este aserto es moneda común. Lo que nos describen los viajeros contrasta con esta impresión actual. San Sebastián era una ciudad divertida. Dos eran las diversiones más importantes: la pelota y los toros.

Respecto a la pelota poco nos cuentan, quizás porque no la entendieran o porque era menos vistosa y multitudinaria que la plaza de toros.

Sin embargo, Ordóñez no duda en calificar a la pelota como la diversión “principal y más arraigada”. Dice que se jugaba tanto a mano como a pala. A pesar de ello San Sebastián carecía de frontón. Se jugaba “entre el hornabeque y la muralla”⁴⁸. Pocas veces se habrá visto frontón tan peculiar y singular. Según Frankland, se jugaba todos los días a primera hora de la tarde, después de la siesta. Dice el inglés que eran “muy diestros en la práctica de este deporte”. Otro deporte que se practicaba en el mismo lugar eran los bolos.

Hoy ha decaído mucho la afición a la pelota vasca en la ciudad. Algún otro deporte se ha arrogado como “el de toda la vida”, el que otorga “cohesión” a los ideológicamente desperdigados guipuzcoanos. Pero casi nunca las cosas son como eran o como serán. Lo “tradicional” suele ser demasiado

48. La muralla era doble y, además de los dos baluartes de los extremos, contaba con el hornabeque: una construcción avanzada hacia el arenal de poca altura y de traza poligonal.

nuevo y artificial. El castellano Ordóñez subraya la afición *pelotazale* de la ciudad dieciochesca:

“y es de tanto grado esta afición que si hubiese un lugar nuevo en que hubiese un buen sitio se aplicaría antes para hacer de él juego de pelota que para hacer iglesia; y así en toda la provincia hay famosos juegos de pelota, ya baldosados, ya de tierra de buena calidad, ya con graderías de sillería para los mirones y guardan (sic) de los ganados y de los que le pueden perjudicar como si fuera un lugar sagrado, y hay pueblos de dos juegos a cual mejores; suelen hacerse partidas fuertes y de mucho empeño. Cuando desafían los de la provincia a los navarros, o a los de un lugar a otro, en tales casos se elije el juego y pelota, se hace escritura que nunca suba de treinta pesos porque está prohibido jugar más pero de callada juegan millares de pesos, y las traviesas son muchas y crecidas, se da señal y se elije el día (...) y hay gentes que para llevar dineros que atraviesan, venden los calzones y algunos vuelven llorando y otros vienen cargados de pesetas; cada año ya suele haber tres o cuatro partidos semejantes”⁴⁹.

El cura Ordóñez nos habla en un lenguaje que entendemos los que ya tenemos una edad: desafíos, juego, traviesas, deudas... “*Jokoa ez da errenta...*”, dice el viejo adagio vasco al que solo algunos le han hecho caso.

En torno a la muralla y la Plaza Vieja, recordemos, se encontraba aquella reunión de chicas de servicio en torno a la fuente. Igualmente, otro pasatiempo era el sentarse en el puente del foso o en torno a la Plaza y ver quiénes salían y entraban a la ciudad. En aquel entorno se alquilaban los caballos para el viaje: a peseta y media por día. Sería un ámbito adecuado para el rumor y, quizás, para la maledicencia.

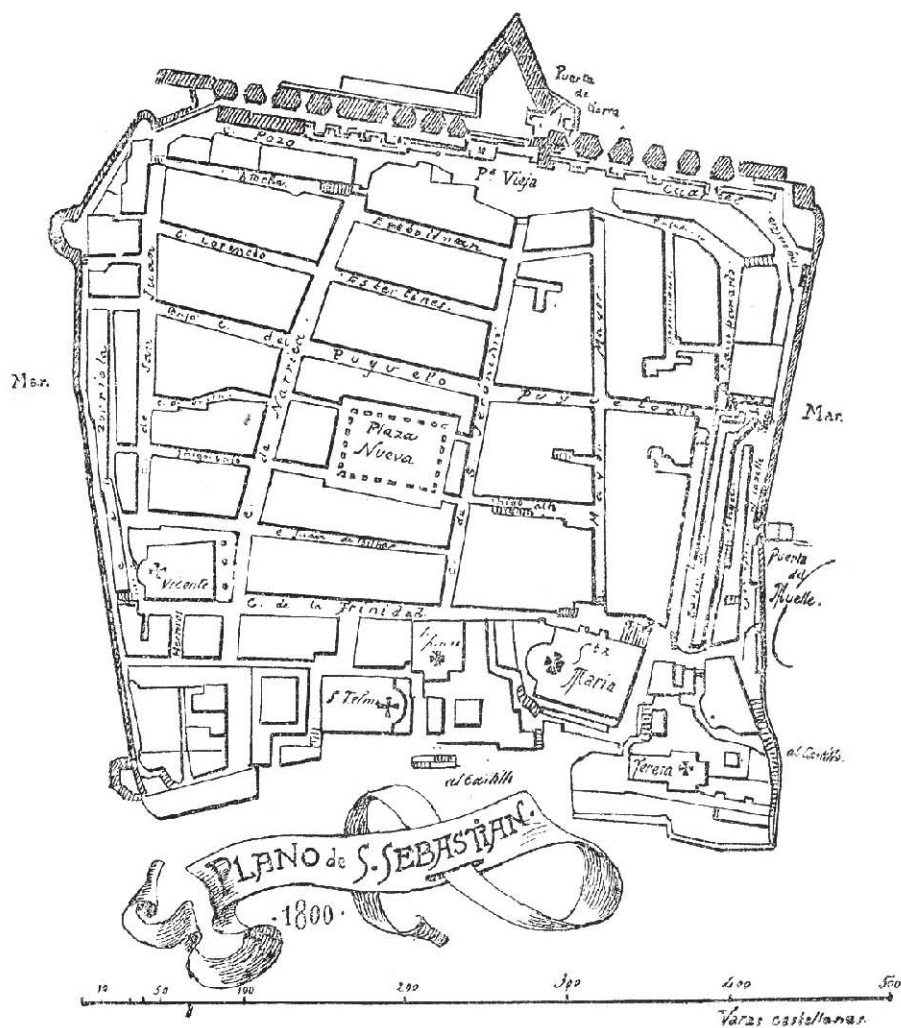
Para obtener cabalgadura había más de 60 caballos cuidados por sus mozos. Todos iban con sus arreos: silla, frenos y espuelas. Si el viaje era largo se apalabraba, y el mozo cargaba con alforjas y maletas, siendo el caballo tomado a domicilio.

Otra diversión que gustaba a los donostiarras eran los toros. Cuando escribo esto San Sebastián lleva más de cuarenta años debatiendo lo taurino. Parece que últimamente los antitaurinos han sacado pecho y han puesto en retirada a los aficionados del arte de Cúchares. Y, sin embargo, la ciudad fue furiosamente taurina en el pasado.

El ejemplo de todo ello es que en gran medida el Consistorio emprendió la gran operación urbanística del s. XVIII, la de la creación de la Plaza Nueva, por un asunto taurino. Ordóñez nos informa de hechos sorprendentes para nuestro presente. Ya lo hemos comentado sumariamente más arriba.

49. *Ibidem*, pp. 42-43.

Antiguamente, el sitio para “correr toros” era la Plaza Vieja, la de al lado de la muralla, que pertenecía al rey, es decir al Estado. Parece que el hecho “embarazó el Comandante General”, por lo que la ciudad “determinó comprar sitios, demoler casas y levantar a su gusto y costa” la Plaza Nueva, llamada también Mayor. Así “que fue el año mil setecientos ventitrés se estrenó con una corrida de toros en aquel Agosto”. Casi veinte años más tarde la ciudad estaba ya minorando los censos y pagando los réditos.



Plano de San Sebastián previo al desastre de 1813. Museo Zumalakarregi.

Y, ¿cómo lo hacía? Con los alquileres de las casas y tiendas de los edificios de la plaza, pues eran suyos. Aparte alquilaba todos los sitios desde los que se pudieran ver las corridas de toros.

Paradojas de la historia. Las autoridades militares y de obediencia directa al rey contra los toros; la ciudad, el Consistorio, el Consulado, el vecindario todos a favor. Parece el mundo al revés.

Bonnart da cuenta que medio siglo más tarde, la ciudad seguía alquilando los balcones y ventanas de las casas de la Plaza Nueva. Describe la corrida del buey que “se hace todos los domingos en la hermosa plaza de San Sebastián”. Así describe el espectáculo el buen gendarme francés:

“A las tres de la tarde se trae el toro del matadero público. Va atado con una gruesa cuerda que se pasa luego por una anilla de hierro clavada en una piedra en medio de la plaza. Entonces todos le provocan y, lleno de furia, el toro corre tras la gente. A menudo atropella a alguno o lo mata. Para llamar su atención se le presentan pañuelos o abrigos, y cuando se arranca, el español, en general hábil, evita el encuentro dándole salida. Se sueltan perros que se le echan encima y le ponen fuera de combate. Cuando esto sucede, los espectadores gritan «bravo» y agitan sus pañuelos. La pasión por esta clase corrida es innata en los españoles y hasta los chiquillos en la calle imitan tal espectáculo, adiestrándose para cuando sean mayores”.

En este caso se trata del buey/toro ensogado, el famoso “*Iriyarena*” de Sarriegui, pero la escena pone los pelos de punta por su crueldad. La Plaza Nueva convertida en el Coliseo romano.

El francés nos refiere también el *zezen suzko*:

“Los días de Carnaval terminan con el espectáculo de una piel de buey llena de fuegos artificiales la cual es llevada a cuestras por un hombre. En cada barrio de la ciudad se dispara una parte de la traca y, para final, se cubre dicha piel con paja y se le prende fuego en torno al cual salta la gente del pueblo”⁵⁰.

El toro de fuego era pues ya una de las diversiones mayores de la ciudad. Recordemos la letra popular del “*Dira, dira, zezenak dira, beltz-beltzak dira*”:

50. ANÓNIMO: “San Sebastián en 1812, lo que nos cuenta Médard Bonnart, capitán de la gendarmería francesa que vivió aquí varios meses”. *San Sebastián: revista ilustrada...*

*“Donostiako zezen-suzkoa
 izan zaitez
 zorionekoa!
 Zezena dator arkupetatik
 txispak dariola adarretatik,
 dinbilika
 ta danbuluka
 ta jendearen atzetik.
 Zalaparta hartan
 zenbat naspil,
 zenbat karraxi,
 ta zer iskanbil,
 itsumuka,
 ta trunbuluka
 oil, jende dena dabil.*

Nuestro oficial de la Gendarmería nos hace referencia también a unas fiestas que van a tener un protagonismo singular, especialmente durante el siglo XIX, los carnavales: una especie de fiesta-madre, hoy en decadencia, pero que ha dado vástagos tan exitosos como la tamborrada, los caldereros, los *iñudes* y *artzaías*, etc.

Otra diversión, según Frankland, especialmente para los días de invierno, era pasar la tarde en casas particulares o círculos. Al parecer, por un pequeño dinero se conseguía la entrada, se jugaba a las cartas y se bebían 3 ó 4 vasos de vino. Ahora bien, a las ocho comenzaba “el toque de queda” y se imponía ir a casa, pues si no, los alguaciles ponían multa tanto a la tertulia como al dueño de la casa.

Ordóñez nos ha dado cuenta de 40 tabernas. También menciona que había nueve mesas de billar. Igualmente, menciona esas partidas a cartas a domicilio. Destaca especialmente a las mujeres en mesas de 6 a 8 y jugando a la malilla, un juego de naipes que se jugaba entre cuatro, “con primor”.

En estas vueltas de los tertulianos a casa eran acompañados por las sirvientas (“descalza de pie y piernas”, expresión que nuestro galante cura repite una y otra vez) con sus faroles:

“Todas las gentes y de todas clases tienen sus tertulias y para retirarse a sus casas en las noches a las horas competentes está la sirvienta descalza de pie y piernas con su farol para llevar a sus amos a casa; llevan unos faroles tan preciosos de cristal que a porfía andan sobre quién ha de tener más hermoso farol (...) y es una hermosura ver las calles a una misma hora llenas de tan preciosos faroles y de tantas luces, y que todas son mozuelas las que los llevan, no hay casa que no tenga muy curioso farol, aunque sea gente muy común, y como la ciudad es tan corta y tiene buenas calles, con más de quinientos faroles es una delicia y no son mejores (...) en Madrid”.

Jovellanos nos da cuenta de unas distracciones para la gente VIP. Quizás, se las prepararan *ex profeso*. Se alojó en casa del comandante general, hizo visitas a gente ilustrada, se codeó con la marquesa d'Angois (“del partido realista⁵¹; mujer hábil, feísima, muy amanerada”), asistió a conciertos de piano en casas particulares, visitó casas con buenas colecciones de pinturas y surtidas bibliotecas...

Bonnart nos describe también tertulias cultas, en las que se hablaba francés, “con bellas señoritas y distinguidos jóvenes”, se jugaba al veintuno, y una “Sociedad de Conciertos” que organizaba reuniones musicales y de canto.

Nuestro gendarme preferido nos da cuenta de aquel glamour de la San Sebastián ocupada bajo los franceses. Todo el tono refleja cierta connivencia de parte de la población con los ocupantes. Quizás la última gala donostiarra antes de la destrucción de la ciudad fue la de la llegada del conde Caffarelli⁵².

El 22 de noviembre de 1812 el que era gobernador de las tres Provincias Vascongadas dio una “fiesta espléndida” en los salones del Ayuntamiento. Asistieron 400 personas, las señoras, “vestidas según la moda de Francia”, elegantísimas. Abundaba el elemento masculino francés, pero la fiesta tuvo color local. Se bailaron boleros y también un “baile lascivo a modo de un fandango”.

A los cuatro días, el día 26, el Consistorio y la Cámara de Comercio correspondieron al general/gobernador. Su agasajo fueron ciertos festejos populares que culminaron en la consabida corrida de toros. Los astados fueron rejoneados y, de nuevo nos aparece la comentada costumbre bárbara: “rematados por perros”.

Por la noche, todo mucho más fino: la ciudad iluminada con antorchas y un baile de gala en la Casa Consistorial. Caffarelli fue recibido con todos los honores. El todo San Sebastián estaba allá. Cuando el director del rigodón formó las cuadrillas para el baile “era un espectáculo maravilloso por la variedad de los atavíos femeninos y la mezcla de uniformes de todos los colores”. El salón estaba deslumbrante, centelleaban las condecoraciones de diamantes, oro y plata de los distintos cuerpos de oficiales, así como

51. Recordemos que Jovellanos visita la ciudad en agosto de 1791, en un tiempo álgido para la Revolución Francesa.

52. Marie-François Auguste de Caffarelli du Falga (1766-1849) era un general francés de origen italiano. Fue nada más ni nada menos que un Par de Francia. Acompañó a Bonaparte a Egipto, estuvo en Marengo y Austerlitz, fue embajador en Roma y luego ministro de la Italia bonapartista. Durante la guerra de la Independencia fue gobernador de la provincia francesa de Vizcaya, que comprendía todo el País Vasco.

resaltaba “la elegancia de los jóvenes de San Sebastián”. Los músicos de la ciudad y los de la guarnición ejecutaron alternativamente contradanzas y valsos. “La alegría que se reflejaba en todos los semblantes hacía olvidar que las dos naciones estaban en guerra”.

Sin embargo, aquella noche llegó “un pliego reservadísimo”: Bonaparte había sufrido sus primeros reveses en la nieve de las estepas rusas. Se trataba de la batalla del cruce del río Berézina, un desastre para los franceses. Cundió la noticia y, apunta Bonnart, “los españoles se alegraban”. Parece que aquel baile de fines de noviembre fue el canto del fénix de la ocupación bonapartista. Nada hacía presagiar en aquellos elegantes eventos el desastre más absoluto para la ciudad.

Para Bonnart en San Sebastián no se veían hombres gordos; solo ciertas matronas de cierta edad eran “bastante gordas”. Nos ha referido también que no solo los oficiales franceses vestían elegantemente, sino que los locales también lo hacían.

Ordóñez, curiosamente, describe con detalle esta elegancia donostiarra proverbial. El carácter militar de la ciudad parece que se traspasaba a toda la población y su moda causaba furor:

“el vestido militar es aquí tan común que no hay quien salga a la calle de otra forma y con buenas pelucas y espadines de plata, y lo que es más, los labradores que viven en el campo en la soledad de sus caseríos y entre riscos, para ir a misa y venir a la ciudad en días festivos, usan del mismo traje militar, buenos espadines y de plata, algunos con peluquín y los más con pelo propio”.

Los *baserritarras* con traje militar, algunos con peluquín y espadines de plata. Para que los folcloristas los reduzcan a la blusa y a la boina.

Este atavío militar es corroborado por Frankland en su relato: hombres a la moda española: “largas espadas, medias de seda y zapatos acuchillados”.

Ordóñez sospechosamente dedica páginas a cómo se vestían, calzaban y peinaban las mujeres. Como regla general se puede observar que la influencia francesa era grande. San Sebastián vestía tan bien como en la Corte.

“Las madamas y petrimetros (sic), que las hay de mucho garbo, no se distinguen de las de la Corte, y aun exceden a aquellas porque con la cercanía de Francia donde han estado muchas en la enseñanza o de paso se prenden y visten prolijamente porque tienen gusto muy delicado en vestir y calzar; qué peinado y adornos en la cabeza, qué ricos vuelos de tres órdenes y de mucho valor, qué batas largas y de telas tan extrañas y qué chinelas”.

Luego, sigue detallando sus aderezos y joyas, cómo iban a los toros, los mantos y mantillas que llevaban el Jueves Santo o por Corpus... Frankland

señalaba que las mantillas iban ajustadas por la parte inferior, por lo que se hinchaban “como las velas de un barco azotado por el viento”. Era, naturalmente, la percepción de un marino inglés.

Las mujeres de los militares desentonaban, pero algunas se adaptaban a la moda de San Sebastián. La petimetría era algo habitual en las mujeres de cierta clase de la ciudad e iban con su doncella “por ir a tiros largos”.

Ordóñez da cuenta en el siguiente largo texto de ese aire de distinción femenino, ocasionado en buena medida por la influencia del elemento francés, tan patente en el comercio y en la forma de vivir de la ciudad:

“Todas usan zapatos blancos o de alguna tela de color muchas veces chinelas pero media de seda negra o blanca, y en lo general, todas usan zapato negro con su tacón alto a la iglesia; las sirvientas que van por aviso y salen a comprar todas andan a cuerpo descalzas de pie y pierna aunque llueva o nieve, pero a la iglesia van bien vestidas y calzadas con tacones muy altos, las sirvientas francesas (que son infinitas) todas van a comprar y a la fuente con sus baticas cortas o chambras y no todas descalzas; hay muchas madamas francesas de gran porte y de mucha conveniencia, porque sus maridos están establecidos en la ciudad y son comerciantes de cosas gruesas y cada día vienen más, porque como en esta provincia están libres que nada se paga al Rey (como ya se ha dicho) y en Francia tiene que pagar, cada día se ven gentes nuevas, venden aquí más que los vecinos, porque ellos saben traer con más conveniencia los géneros, pero en la ciudad no se les da manejo alguno ni lo pueden tener, viven en las mejores casas y comen los mejores bocados (...) las madamas francesas suelen salir a los paseos con ricas batas a cuerpos rezagadas las batas y debajo un brial muy delgado y de buen gusto cubiertas con una gasa blanca o negra, enseñando la media, a este modo algunas de las petimetras suelen usar de dichos trajes algunas veces con tanta propiedad que a no ser conocidas se las tendría por francesas”⁵³.

Hemos mencionado entre las diversiones la de la taberna, por la cuarentena que había. La sidra y el vino eran muy apreciados en San Sebastián. Ahora bien, otra bebida competía con las anteriores: el chocolate. Ordóñez señalaba que el oficio de los chocolateros “no tiene número”. Podríamos pensar que fuera una consecuencia del tráfico de la Compañía de Caracas, que con seguridad lo fue; sin embargo, la afición de los donostiarras al chocolate venía ya del siglo XVII, pues Frankland señala que también se desayunaba en casa y que sin tomarlo “nadie saldría a la calle aunque su casa ardiera”⁵⁴.

Un mal presagio para la ciudad.

53. *Ibidem*, pp. 39-40.

54. UNO QUE ACABA DE VENIR DE ALLÍ: *Descripción de San Sebastián relativa a su gobierno, costumbres y comercio...*, p. 35.

7. Bibliografía

- ANÓNIMO: “San Sebastián en 1812, lo que nos cuenta Médard Bonnart, capitán de la gendarmería francesa que vivió aquí varios meses”. *San Sebastián: revista ilustrada*. N.º 18. Año XVIII. 1952.
- AROCENA, Fausto: *El País Vasco visto desde fuera*. Biblioteca Vascongada de los Amigos del País. San Sebastián. 1949.
- ARTOLA, Miguel (ed): *Historia de Donostia-San Sebastián*. Nerea. San Sebastián. 2004.
- BERRIOCHOA AZCÁRATE, Pedro: “San Sebastián agraria”. *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*. Obra social de Kutxa. San Sebastián. 2013.
- BONNART, Medard: *Histoire*. Imprimerie A. Epernal. Paris. 1828.
- BOWLES, Guillermo: *Introducción a la Historia Natural y la Geografía Física de España. Segunda edición corregida*. Imprenta Real. Madrid. 1782.
- CAMINO Y ORELLA, José Antonio: *Historia de la ciudad de San Sebastián*. Ayuntamiento de San Sebastián. San Sebastián. 1963.
- CASO GONZÁLEZ, José Miguel: *Jovellanos*. Ariel Historia. Barcelona. 1998.
- D'AULNOY, condesa: *Un viaje por España en 1679*. Ediciones «La Nave». Madrid. 1943.
- EMSLEY, Clive: “Médard Bonnart, Souvenirs d'un capitaine de Gendarmerie (1775-1828)”. *Crime, History and Societies*. Vol. 9. 2009.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Jovellanos, el patriota*. Espasa. Madrid. 2001.
- FRANKLAND, William: *An Account of Saint Sebastian, in relation to their Government, customs and trade. With a draught of the place. By one lately come from thence*. Printed by H. Newman. London. 1700.
- HUMBOLDT, Wilhelm von: *Diario de viaje a España. 1799-1800*. Cátedra. Madrid. 1998.
- HUMBOLDT, Guillermo de: *Los vascos*. Ediciones vascas. Bilbao. 1979.
- IZTUETA, Juan Ignacio de: *Guipuzcoaco condaira*. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao. 1975.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Diarios (Memorias íntimas) 1790-1801*. Imprenta de los Sucesores de Hemando. Madrid. 1915.
- LABORDE, Alexander de: *Itinéraire de L'Espagne, et tableau élémentaire des différentes branches de l'administration et de l'industrie de ce royaume*. Chez H. Nicolle. Paris. 1808.
- MÚGICA, Serapio: “El agua en San Sebastián”. *Euskal-Erria. Revista Vascongada*. Tomo XXXIII. San Sebastián. 1895.

- NAVAJERO, Andrés: *Viaje a España del magnífico señor Andrés Navajero embajador de la República de Venecia ante el emperador Carlos V*. Editorial Castalia. 1951.
- ORDÓÑEZ, Joaquín: San Sebastián en 1761. *Descripción de la ciudad, sus monumentos, usos y costumbres*. Francisco Jornet editor. San Sebastián. 1900.
- ROQUERO USSIA, María Rosario: “Clérigos bulliciosos, pendencieros y calculadores”. *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*. N.º 49. Fundación Kutxa. San Sebastián. 2016.
- SANTOYO, J. C.: “William Frankland, autor ‘anónimo’ de An Account of Saint Sebastian (Londres, 1700)”. *Sancho el Sabio*. N.º 29. Vitoria. 2009.
- UNO QUE ACABA DE VENIR DE ALLÍ: *Descripción de SS relativa a su gobierno, costumbres y comercio*. Trad. Manuel Conde López. Editora Internacional. San Sebastián. 1943.
- WILKINSON, Henry: *Apuntes paisajísticos y musicales de las provincias vascas. 1838*. Publicaciones de la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián. San Sebastián. 1976.